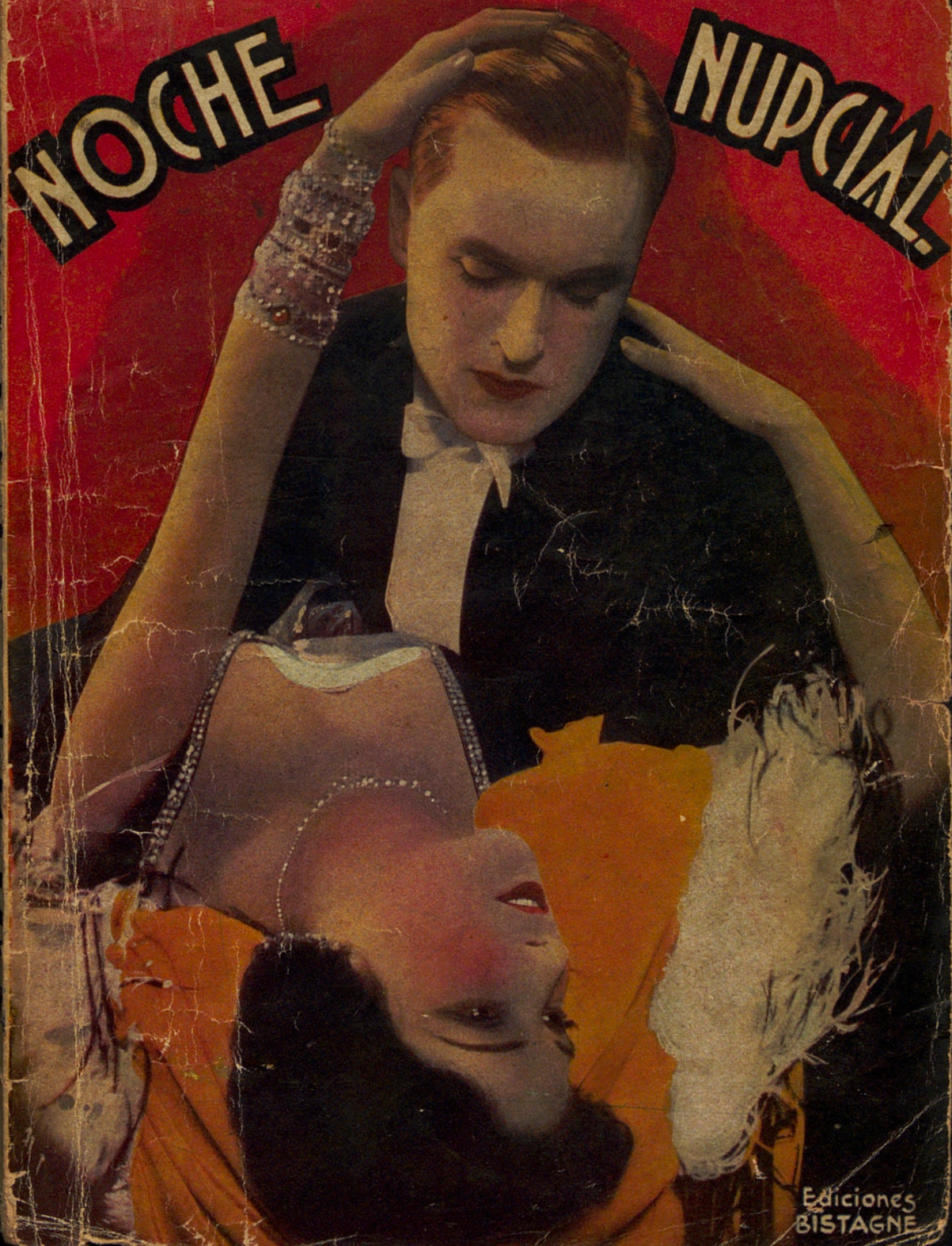
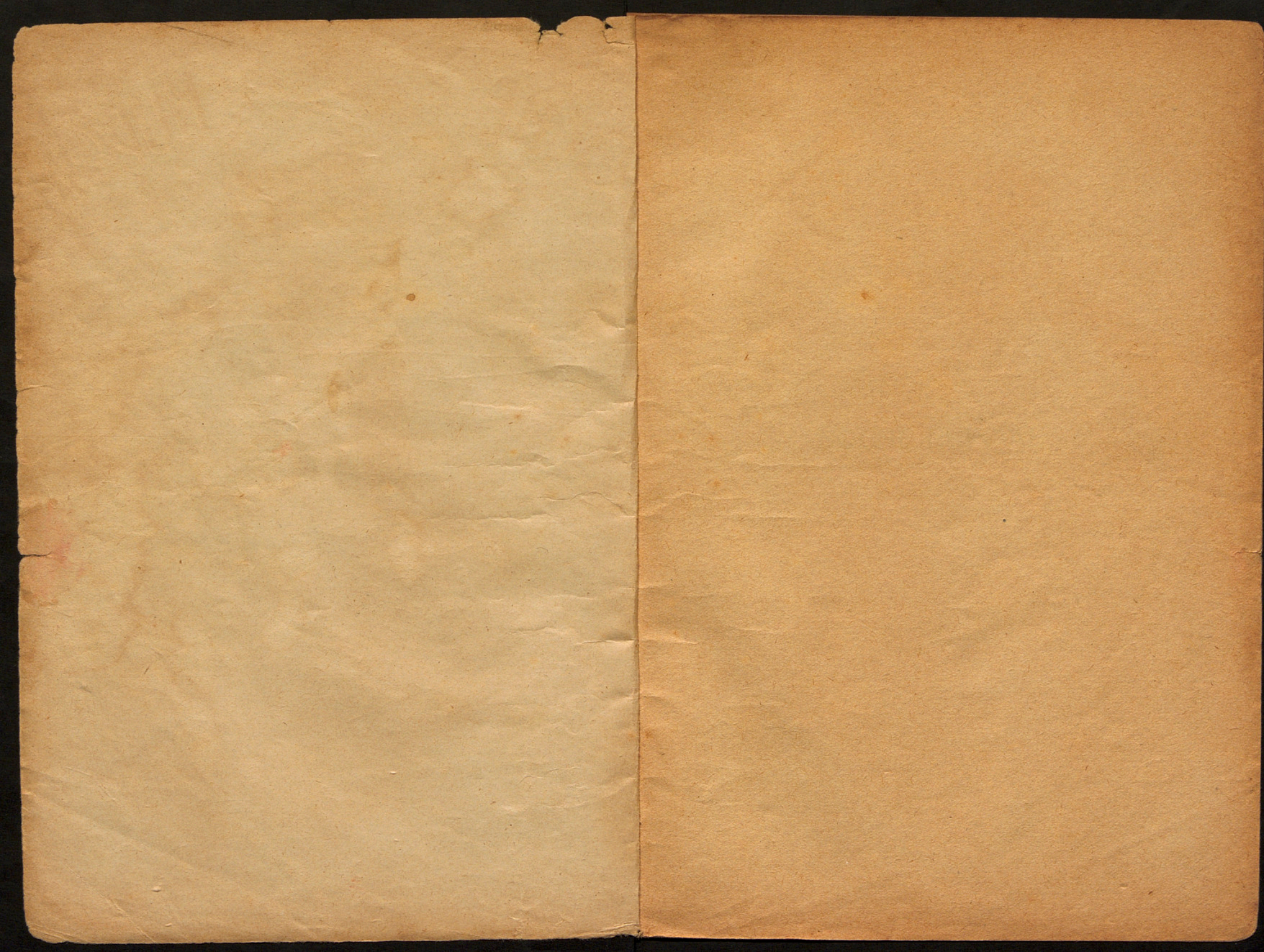


NOCHE

NUPCIAL



Ediciones
BISTAGNE



NOCHE NUPCIAL

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

EDICIONES ESPECIALES

Director: FRANCISCO MARIO BISTAGNE

EDICIONES BISTAGNE - Vía Layetana, 12 - BARCELONA - Teléfono A- 4423

PROHIBIDA LA REPRODUCCIÓN
REVISADO POR LA CENSURA
GUBERNATIVA

NOCHE NUPCIAL

DRAMA DE AMOR

Gran Film «SUPERDIANA»

DE

EXCLUSIVAS DIANA

Rosellón, 210
BARCELONA



J. HORTA, impresor - Cortes, 719. - Barcelona

ARGUMENTO NARRADO POR ARMANDO LUCAS

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Princesa Nadya de Kraya. . .	<i>LILY DAMITA</i>
Gustavo de Fleurs, novelista . .	<i>PAUL RICHTER</i>
El General Krish	<i>Rudolph Klein-Rogge</i>
Zana, el ama de llaves	<i>Frieda Richard</i>
El Príncipe Keri	<i>HARRY LIEDTKE</i>

NOCHE NUPCIAL

ARGUMENTO DE LA PELÍCULA

I

EXCESOS PRINCIPESCOS

Kraya...
Hay en la tierra un país que lleva
ese nombre. ¿Dónde está situado...?
En la tierra...

Es uno de esos países de leyenda,
que tienen paisajes alegres, al pie
de picachos gigantes, en cuyas ci-
mas blanquea de continuo la nieve,
que a fuerza de rayos de sol va co-
rriendo la montaña y tiene el ca-

pricho de formar un lago en su
falda.

Uno de esos países de ensueño,
en los que se crían las princesitas
rubias de nuestros cuentos infanti-
les, aun cuando en ellos el progreso
haya puesto la variante de los pa-
lacios suntuosos, los ferrocarriles
potentes y las grandes vías asfal-
tadas, y en los que hoy el hermano

lobo suele esconderse bajo un uniforme galoneado...

Y he aquí que una noche de invierno, el palacio real de Kraya es testigo de una fiesta familiar; celebrase en la intimidad el cumpleaños de la princesa Nadya, una muñequita dorada a la que la suerte, caprichosa y voluble, hizo princesa de estirpe y sólo mujercita de corazón...

Los ojos de Nadya tienen rayos de sol en jirones de cielo, y en sus labios glotones juguetea una sonrisa eterna; el desperezo del gozo en un restallar de carcajadas cristallinas...

Nadya está rodeada de pequeños, todos los sobrinitos de cabecitas pícaras, que quieren más aquella noche a la tía, porque sobre la mesa del banquete familiar ven, pronto a ser engullido, el gran pastel legendario, con tantas velas alrededor como años fueron...

Y aquella cena fué alegre para Nadya, y hubiéralo sido aún más de haberle dado el cielo un esposo distinto que el príncipe Alex.

Acabó la cena y a los oídos de Nadya llegó el brindis de su madrina:

—En nombre de vuestros pequeños súbditos os deseo una felicidad tan grande como el pastel que acabamos de gustar...

Y se relamían aún los peque-

ñuelos, y Nadya oía hablar de felicidad como de una mentira divinamente hermosa...

.....

Cerca de allí, ante otra mesa en la que manjares no habría en abundancia pero sobraban las botellas, el príncipe Alex, el marido de Nadya y el mayor calavera del reino, festejaba a su manera, rodeado de amigotes más o menos principescos, aquella fecha feliz.

Las libaciones habían sido tan copiosas, que el cerebro de aquel hombre se ahogaba en alcohol y de su boca salían a intervalos gruñidos que querían tener la gracia de palabras.

El cumpleaños de la princesa había sido para él un pretexto más para entregarse a su pasión favorita y ya del brazo de ella dar rienda suelta a su carácter bravucón y despótico.

Le temblaban los que se veían obligados a vivir a su alrededor y le reían las gracias aquella taifa de aduladores que vivían a sus expensas...

Un momento se acordó de algo más que de la copa, y quizá pensando en Nadya salió de sus labios

un brindis, que fué un latigazo de lujuria:

—Brindemos por las bellas, que nos hacen soportable esta mísera vida... y brindemos por Nadya también, que es mujer y es bella...

Los ramplones oficialillos que le rodeaban se miraron unos a otros con sorpresa. Aunque brutos, les parecía que aquel brindis era algo inconveniente. ¡Pero qué demonio, el vino era bueno y Alex quien pagaba!... Y bebieron y brindaron, y las copas siguieron su destino de llenarse y vaciarse sin descanso...

.....

Tenía Nadya una vieja sirvienta, que era para ella como una segunda madre... Fué su nodriza de niña y como a hija la quería aquella excelente mujer.

Se llamaba Zana, y bajo su cofia de lino empezaban a blanquear los cabellos, mientras las arrugas iban trazando caminos en su rostro.

En más de una ocasión sus brazos sirvieron de asilo a su princesita rubia, cuando las brutalidades de Alex ponían lágrimas en sus ojos y congajas en su pechecito de cristal...

¡Su pobre Nadya, con lo digna que era de ser feliz ...

Aquella noche había más tristeza en la mirada de Zana. ¿Por qué? Ni ella misma hubiera podido explicarlo; y oía a su amita que rodeada de pequeños contaba a éstos las andanzas de caballero lobo cuando quiso comerse a Caperucita roja:

—«...y la pobre Caperucita, cuando se dió cuenta de que era el lobo quien estaba en la cama de la abuela...»

Los pequeños la oían embelesados, temblando al pensar en los apuros de la pobre Caperucita...

Acabó el cuento, y como las cabecitas doradas se tronchaban al sueño, Nadya dió por terminada la fiesta y llamando a Zana la dijo:

—Decid al príncipe Alex si quiere venir un momento...

Meneó la cabeza con lástima la buena Zana y fué a cumplir la orden de su ama.

Un criado se encargó de llevar el recado...

Miróle estúpido el beodo, arrojándole al rostro el contenido de su copa de champaña...

¡Era muy bestia el príncipe Alex y bien lo sabían sus servidores!

.....

Aquella noche del fausto acontecimiento, quiso mostrarse tormen-

tosa y lúgubre como un mal presagio.

Rugía el viento en la sombra y parecía aullar maldiciones y amenazas... La lluvia azotaba con furia los cristales de palacio, mientras hacían cadenetas en el cielo los relámpagos y se oía el horrisono concierto de los truenos...

Aquella noche, Caperucita se hubiera perdido en el bosque...

Poco a poco fué retirando la gente...

Quedaron solas Nadya y Zana.

—Zana...

—Señora...

—¿Y el príncipe, qué hace?

—Como siempre, señora...

—¿Bebe...?

—Más que nunca... ¡Está terrible, señora!...

—¡Mientras no se acuerde esta noche de mí!...

—¡Dios lo haga, amita!... ¡Ese hombre es muy malo!...

—¡Calla, Zana, que no te oigan! Piensa que es mi marido...

—¡Ay!...

Y la viejecita alzó los ojos al cielo como interrogando a Dios sobre el misterio de las maldades...

Retiróse por fin Nadya a descansar... Al subir las escaleras que conducían a sus habitaciones, aun llegaron a sus oídos las carcajadas de los beodos y el ruido siniestro del gong, que como una carcajada

diabólica acompañaba a las palabras sacramentales:

—¡Más vino! ¡Más vino!...

—¡Dios mío!...—murmuró la infeliz.

Y sus tristes pensamientos oyeron el ritornelo fatídico de la tormenta, que tenía allá a lo lejos entonaciones sarcásticas...

Temblando de miedo entró en su alcoba y se arrebujó en el lecho...

Abajo había terminado la bacanal... Alex, tras la última libación, se despidió de aquella gentuza señorial, y dando tumbos y atropellando a su paso a los pobres criados, que veían con gozo la ausencia del amo, que iba a dejarlos tranquilos unas horas, se dirigió hacia las habitaciones de su esposa...

—¿No me habías llamado? Pues... allá... voy...

Nadya le oyó llegar junto a la puerta y se hundió en el lecho aun más, como queriendo ocultarse, desaparecer, no ser nada, para que no la viese aquel monstruo.

Temblaba la mártir como si el huracán hubiese entrado en la alcoba y la sacudiese con furia...

¡Pobre Nadya!... Ya estaba allí su verdugo... ya llegaba... estaba cerca, muy cerca... demasiado cerca...

—¡Ay...!

Las manazas del bestia habían

separado violentamente el embozo y la pobrecita Nadya estaba a merced de la fiera.

Quiso huir, pero Alex la sujetó con furia, mientras las tufaradas de vinazo la sofocaban, la daban náuseas, y aquellos ojos de loco quemaban su piel como hierros candentes.

—¡Zana!... ¡Zana!...

La manaza de Alex tapó su boca y en la de él se pintó una mueca de triunfo.

—¡Calla! ¡Calla! ¡Eres mía y quiero tenerte!... ¿Por qué chillas?

Nadya se vió perdida. Aquel hombre estaba ciego de lujuria y de vino y haría de ella lo que quisiera. Sin dejar de forcejear cerró los ojos y se encomendó a Dios sinceramente.

Pero en aquel momento ocurrió algo insólito. Los brazos del bestia aflojaron su presa, se incorporó con violencia y tras girar los ojos vertiginosamente en las órbitas y crispase su boca en una mueca horrible, el príncipe Alex cayó para no levantarse más, en el mismo instante en que un trueno formidable hizo bambolearse el palacio hasta en sus cimientos...

El alcohol había acabado con el príncipe Alex antes de que éste pudiera tronchar del todo la vida de la infeliz princesa...

.....

A aquel canalla lo enterraron con pompa: era príncipe.

Terminada la fúnebre ceremonia, Nadya recibió la visita del general Krish, consejero de la corona y el más fiel amigo de la princesa.

Sabía de su martirio íntimo y había aborrecido siempre a aquel principillo borracho, que fué paseando por el mundo su barbarie galoneada.

Por eso al presentarse aquella mañana ante Nadya, la dijo conmovido:

—No me permito dar el pésame a Vuestra Alteza, porque la hipocresía no es condición de mi carácter... Creo por el contrario que estáis de enhorabuena... Ha sido lo único bueno que ha hecho en su vida...

—Nadie sabe como vos, amigo Krish, lo mucho que él me hizo padecer... pero ahora ha muerto y ya no puedo maldecirle... ¡Dios le haya perdonado!

—¡Amén!—murmuró el general. Y cambiando de tono, añadió:

—¿Y ahora, princesa, qué pensáis hacer?

—No sé... Por de pronto, viajar... Me ahogo aquí dentro. Tiene este palacio demasiados malos recuerdos para mí...

—¿Saldreís de Kraya?
—Sí... Quiero vivir la vida... Respirar otros horizontes... Por de pronto iré a París...
—Os deseo mucha suerte, Alteza. Y aquel hombre, fiel al trono

porque veía en los que lo usufructuaban la raza elegida, se inclinó respetuosamente y puso sus labios en la manita de raso.

Entretanto, Zana llenaba apresuradamente mundos y maletas.

II

JUVENTUD, DIVINO TESORO

Pasaron los días de luto lentos, interminables para Nadya que no veía la hora de abandonar aquella regia morada donde tantos sinsabores la había deparado su destino.

Cuando transcurrió el plazo prudencial que fijaban los protocolos oficiales, la viuda de Alex de Kraya solicitó autorización de Su Majestad para ausentarse de su patria y salió, conforme le había dicho al general, para el extranjero...

Se ahogaba en aquella cárcel...

Preparó su equipaje apresuradamente, y una buena mañana, acompañada de su fiel nodriza emprendió por fin su viaje hacia Francia...

¡Con qué placer vió alejarse aquellas montañas que la guardaran en su cerco sombrío desde su niñez!...

¡Libre!... ¡Era libre!...

Dios había roto por fin las cadenas de su matrimonio sin amor, de aquel yugo que tantas veces bañara en lágrimas sus ojos...

Y por primera vez desde hacía años, su buena nodriza la oyó suspi-

rar con desahogo y vió una risa en sus labios...

.....

Cuando se habla de una ciudad llamándola el «Paraíso de las Mujeres», no hace falta decir su nombre: París.

Allí siguen y seguirán eternamente las Evas de hoy devorando como antaño la manzana endemoniada y haciendo diabluras para contento y satisfacción de los mortales, que sin duda cegados por el brillo intenso de tantos ojos pícaros bautizaron un día a la capital cosmopolita del mundo «la Ciudad de la Luz».

París es la ciudad por excelencia, la corte de la alegría, el imperio del buen gusto y casi estamos por llamarla la sucursal de la Gloria, ya que desde tiempo inmemorial en todos los lugares de la tierra hemos dado en decir que los chicos vienen de París...

Y fué a esa ciudad maravillosa y atrayente, en la que hasta las piedras de la calle piden besos a todas horas, donde fué a refugiarse la encantadora Nadya, la infeliz Nadya, la viuda—y no desconsolada ciertamente—del príncipe Alex de Kraya.

Había vivido tanta frialdad, tanta tristeza en aquel palacio maldito, que necesitaba su alma el temple de un baño de luz, de alegría, de amor... y se fué a París.

¿Dónde mejor podía ir?

En aquella Babel moderna pasaría inadvertida... Sería una mujer más que quiere divertirse, que quiere olvidar torturas del alma entre el concierto de carcajadas...

Nadie la sabría princesa... Estaba harta de corte... Quería ser mujer nada más, sin tener que fingir diariamente ante propios y extraños una seriedad que estaba muy lejos de sentir...

La empalagaban las ceremonias palatinas, el empaque de las grandes solemnidades en las que había que aparecer serio y digno, para no desentonar entre aquella mascarada repugnante...

Allí, en París, en el maravilloso París de sus ensueños, podía libremente dar curso a todas sus ansias de libertad; en aquella colmena gigantesca, donde no es raro, sino que por el contrario es la cosa más

natural del mundo, ver a una dama encopetada que entra en un establecimiento vestida como para ir a una novena o unas cuarenta horas y salir al poco rato ataviada como para lucirse en el casquivano Maxim's.

Y eso es lo que le sucedió precisamente a la princesa Nadya la primera noche de carnaval.

Unas visitas en plan de persona sería la hicieron revestirse unos atavíos que la avergonzaron una vez en la calle, al verse demasiado *respectable* para los días de jolgorio que corrían, y entrando al acaso en la primera tienda que encontró a mano, no tardó en salir ataviada con la ropa conveniente para hacer su aparición en el primer cabaret de moda...

Llamó el primer auto que pasó y se hizo conducir a Maxim's, donde aquella noche se había dado cita toda la juventud alegre de ambos sexos para empezar el triduo de Momo...

Eran precisamente aquellas diversiones las que anhelaba...

Iba allí a conciencia, con el alma limpia de todo mal pensamiento, pero con el deseo ferviente de reír y gozar cuanto pudiera...

Era su venganza del dolor y se había jurado interiormente llevarla a cabo sin vacilaciones...

Estaban muy lejos en aquellos

momentos Kraya y los tiempos desgraciados en que era princesa...

No quería llamarse más que Nadya a secas...

Entró en aquella jaula de locos, que desde el mismo instante contó con un enfermo más...

Y se mezcló a la multitud cascalera, como si fuera no la heredera probable del famosísimo reino de Kraya, sino una mujercita más en aquella divina Babilonia del amor...

«*Ça... c'est Paris!*... se dijo alegremente al verse dentro...

Nosotros, en nuestro lenguaje pintoresco de los castizos, lo traduciríamos diciendo: «¡Es mucho París!...»

Cuando llegó ella al cabaret, ya hacía rato que había empezado la locura y aun diremos que estaba en todo su apogeo...

Pero una locura envidiable y contagiosa.

Esa locura de Antruejo que invade a los mortales periódicamente y que en París tiene un *cachet*, especialísimo, inconfundible con cualquiera otra locura carnavalesca de las restantes partes del mundo.

Quizá influya en mucho el promotor de esta locura y de su consiguiente alegría: el champaña...

Se ríe allí con más picardía, con más *chic*; es más delicado el eco múltiple de las carcajadas...

Ríen a un tiempo más, infinitamente más bocas de mujer que en otras partes... y suenan en el aire más taponazos... Es una verdadera nube de vinillo endiablado...

Y hay más libertad... aunque se sabe reír y gozar sin molestar al vecino, que por su parte no quiere tampoco que le molesten...

Aquellas gentes, que son locas todo el año, no necesitan ciertamente la careta para formarle un cortejo conveniente a Momo, a Baco, a Terpsícore... a cualquiera de aquellos dioses del Olimpo, que a juzgar por el recuerdo que de ellos nos ha quedado debían ser el padre de Antruejo, la madre de Antruejo... y hasta el mismo Antruejo con todas las cabezas de la hidra...

¡Vaya usted a saber!...

Y si en la calle hay que taparse los oídos si no se quiere adquirir una sordera clásica y crónica, en local cerrado habría que taparse los ojos y taponarse la boca para no cegar de envidia y enmudecer de deseo...

Los bailes de París en carnaval...

Unos instrumentos chillones que no tienen más misión que provocar la epilepsia suenan sin cesar horas y más horas, y en un montón informe la multitud se apretuja, chilla, ríe, besa... y hace que baila arrastrando los pies rítmicamente.

Hombres y mujeres se hacen la competencia en excentricidades, en locuras. En París el beso es un símbolo, y al rumor de los taponazos del champañá, del chinchín del jazz-band, de los gritos, de las risas, le marca el compás la divina cantinela de los labios...

¡Es imposible tomar en serio la alegría de París!...

Carnaval... *todo el año es carnaval*, y si como dijeron los Quintero, *el mundo es un pañuelo*, el lienzo es París y el resto del mundo son los flecos.

Nadya se sentía en el baile en sus glorias... En sus inmensos ojazos azules había más luz, más azul... y más sol... Brillaban con brillantez húmeda, como si rezumase por ellos el corazón... Sus labios pulposos la dolían de tanto reír, de tanto hablar, de tanto abrirse en demanda de algo que alegrase su alma...

Sobre su cabellera de oro campeaba un casquete orlado de monumental corona de pedrería que a la luz de los millares de bombillas tenía reflejos de arcos iris... Parecía una estrella de *revue* con cara de niña traviesa...

¡Si la hubieran visto en Kraya la austera, en donde sólo se permitía reír por medias libras o todo lo más por cuartos de kilo y eso en un rinconcito donde no se enterara la gente!

¡La sangre azul de Kraya adulterada por el vinillo brujo de Champañá!...

En aquellos momentos no se acordaba de su tierra, ni de que nació princesa. La bastaba con ser mujer...

En pie sobre la mesa, inclinándose por sobre la barandilla del palco, Nadya se entregaba a la batalla como una Musa loca... De sus deditos de lirio salían disparadas las serpentinas buscando alojamiento en las narices de sus compañeros de locura, y el ardor de la lucha dilataba las aletas de su nariz fina y sensual. ¡Una... dos... tres!

Una andanada de serpentinas sabias iba rodeando su cuello desnudo, ciñéndose al prodigio de sus hombros de Venus bullanguera, aprisionándola, tirando de ella...

Y allí enfrente un demonio con frac, con una boca de risa hecha carne y unos ojos terriblemente brillantes y terriblemente acariciadores seguía disparando cintas multicolores que encadenaban su cuerpo tentador...

El desconocido, cuando creyó terminada la red de colorines empezó a recoger los cabos con sus manos, y acercóse a ella, acercóse hasta casi tocarla, mientras la decía mirándola más audaz que nunca:

—¡Divinal! ¡Heme aquí prisionero de la belleza para toda la vida!

—¿Para toda la vida?—contestó la diosa—. ¿No le parece una condena demasiado larga?

—¿Una condena?... ¡En estos lazos, aunque fuera perpetua!

—¿Estos lazos?... ¡Ja, ja! ¡Mire!

Y soltando una carcajada bulliciosa, rompió una a una las serpentinas traidoras y se declaró libre una vez más.

Pero el desconocido era tenaz... Al ver su acción, la secundó en su carcajada y contestó:

—¿Qué quiere usted significar con eso? ¿Que es muy débil ya el lazo que nos une? No lo crea... ¡Quedan los invisibles, que son los más fuertes!...

Y en dos brincos estuvo a su lado y pareció envolverla como en un manto con su mirada de fuego...

¡Era guapo el hombre aquel... y sabía ser atrevido sin parecerlo! ¿Aventura?

Habló de nuevo él, porque Nadya se había quedado muda de pronto y concentraba todos sus sentidos en la vista, detallando al intruso simpático...

—Mientras usted tiene un inconfundible talante de princesita extranjera, yo no soy más que un modesto escritor parisiense: Gustavo de Fleurs.

—¿Gustavo de Fleurs? ¡Cuánto celebro!... Su última novela, «Afro-

ditá», la he leído ya lo menos tres veces seguidas...

—¿Y usted... cómo se llama?

—Nadya.

—¿Nadya?

—Sí.

—¿Nada más?

—Nada más.

Se miraron fijamente... Al segundo de ello, como si les extrañara verse de pronto serios, se cogieron las manos amistosamente y rieron con estruendo...

Seguía la locura y, ya *amigos*, charlaron por los codos...

—¡Gustavo!...

—¡Nadya!

Sin la vulgaridad del «te quiero» se lo habían dicho ya todo con los ojos... Los de él reflejaban pasión; los de ella curiosidad.

Pasaron las horas alegremente—como siempre debían pasar—y llegado el momento de retirarse, él la condujo ceremonioso hasta el coche. Por la portezuela, en el momento de arrancar el auto, preguntó Gustavo con trémolos en la voz:

—¿Tendré la dicha inmensa de volverla a ver mañana?

—No es difícil...—y rió enigmática—. Puede conseguirlo viniendo a los Alpes, para donde pienso salir mañana a primera hora...

—¿A los Alpes?

—¡Sí!...

—¿Tan lejos?..

—¡Pero hombre, si es un paseo!...
—¡Pues vaya un paseo! ¿Se burla usted?...

—No, señor, que hablo perfectamente en serio...

—¿Pero hacia dónde sobre poco más o menos?

—¡Adivine... adivine!... ¡Adiós!...

—¡Perol!...

—¡Ja, ja, ja!...

Nadya había hecho una seña a su chofer, y el auto de la princesa arrancando a toda velocidad desapareció en un momento antes de que Gustavo hubiera tenido tiempo

de abrir la boca para contestar a aquella picante carcajada que no sabía a ciencia cierta qué era, si una burla o una incitación...

Gustavo de Fleurs, a quien había hecho una profunda impresión la desconocida, quiso seguir el auto, y aun corrió detrás de él como un loco... pero trotaban demasiado los 40 caballos y se quedó rezagado...

—¡Alpes!... ¡Alpes!...—repetía sin cesar.

Parecía que estaba chupando caramelos...

III

LAS JUGARRETAS DE AMOR

Gustavo de Fleurs, que era la alegría misma, salió de Maxim's triste y cariacontecido...

A los Alpes... Al infierno iría él sin quemarse detrás de aquella criatura extraordinaria, que en una hora había hecho el milagro de robarle el corazón.

Y no durmió aquella noche, y la mañana siguiente le encontró vestido de alpinista, corriendo hacia los montes de nieve. No era un César, pero pasaría el Rubicón...

De pronto sintió que le daba un salto el corazón en el pecho...

—Me gustaría tener un espejo a mano... Creo que me he puesto encarnado...

Avanzaba al galope un trineo sobre la nieve en pelota, y dentro de él iba sola una mujer: ¡ella!

—¡Nadya!

—¡Gustavo!

—¡Espere usted, que voy en seguida!...

Siguió corriendo el trineo, pero aquella vez no le sirvió de nada,

porque en dos saltos se encontró Gustavo dentro, al lado de Nadya, estrechando sus manos y contestando en eco a su risa loca...

—¿Ve usted como vine? ¿Qué son los Alpes para mí?

—¿Y si le dijera que le esperaba?

—¿De veras?...

—Me lo daba el corazón...

—A mí no...

—¿No?...

—No, Nadya, porque mi corazón se lo llevó usted...

Hablar de hielo, nos parece cruel cuando se camina sobre la nieve fresca, pero podemos asegurar que allí se había roto algo, y a partir de aquel momento fueron más las almas que las bocas las que hablaron...

Gustavo la contó su vida, sus inquietudes, sus andanzas, sus triunfos y aun llegó a hablarla de sus ilusiones para aquel porvenir que ante él se abría de color de rosa...

Nadya, lentamente, fué desgra-

nando ante aquel hombre el rosario de sus tristes recuerdos, y la contó su niñez tristona, su matrimonio canchilleresco, sin amor, con el príncipe Alex, aquel borracho cruel y repugnante que hizo de ella una esclava y martirizó su vida insensible a sus dolores...

—¡Murió!... ¡Lo mató el alcohol cuando iba a consumir su obra de crímenes y salvajadas!...

Y en los ojos de Nadya tembló un momento una lágrima rebelde...

—¡No llore!...—la dijo él conmovido—. Hay que olvidar la negrura del pasado, cuando se ve de cara el sol del porvenir...

Nadya se quedó un momento pensativa... Luego, dejando escapar el pesar en un suspiro, exclamó:

—¡El porvenir también se convierte en pasado demasiado de prisal!...

Resbalaba el trineo sobre la nieve... Llegaron a una población al pie de la montaña y fueron a sentarse en una de las mesitas junto al *skating*, donde los mozos sirven con patines y se ve el concierto de botellas y vasos tintineando sobre el hielo cristalino...

Iban haciéndose íntimos poco a poco... A ratos les parecía que siempre se vieron...

Gustavo estaba verdaderamente loco por aquella mujer, y hubiera sido en aquellos momentos capaz

de todas las atrocidades por agrardarla y hacer que ella fuera tan suya como deseaba.

Por la tarde salieron al campo, y armados de *skis* emprendieron la carrera endiablada sobre los surcos de nieve...

En un viraje brusco, Nadya cayó violentamente hacia atrás...

¿Cómo fué?...

Sus labios se encontraron juntos de pronto... sin que ninguno de los dos hiciera nada para separarlos...

Aquel beso fué el de los desposorios de sus almas. Se besaron, primero con languidez, con abandono, con olvido completo de todo, hasta de que se estaban besando... Luego... luego se besaron con verdadera rabia, con sed de más... El beso fué lo que es el beso... un trallazo de deseo...

Si a Gustavo le hubieran ofrecido la muerte en aquellos momentos a cambio de la posesión de aquella mujer, hubiera muerto con gusto.

Cuando pasó el primer arrebato, de Fleurs, teniéndola apretada contra él, la dijo llegando con la mirada hasta el fondo de su alma:

—Voy a decirte la vulgaridad más elocuente que he dicho en mi vida: ¿quieres casarte conmigo?

Una nube de tristeza pasó como un relámpago por los ojos de Nadya... Casarse... Matrimonio... Alex...

Era su vida anterior, su pasado

de torturas el que hacía un segundo acto de presencia en su espíritu.

Y miró a Gustavo de Fleurs para borrar la impresión del recuerdo... ¡No, aquel no era el otro!... Y casi sin hablar, sin saber si hablaba y aun sin darse cuenta de lo que decía, contestó ingenuamente:

—¡Sí!...

—Oye ahora la mayor, pero también la más bonita de todas las vulgaridades: ¿me quieres como yo a ti?

—¡No! ¿Qué te has creído tú? ¡Te quiero mil veces más!...

—¡Embustera!...

—¿Embustera? ¡En castigo de

ese insulto, no vuelvo a besarte más... en un segundo!

Y se abrazaron riendo como locos y se besaron con las bocas abiertas mezclando sus alientos, como en el fondo de sus almas se besaban, se mezclaban, sus corazones.

Pasó una pareja de alpinistas...

—¡Eh!... ¿Qué es eso? ¡Que les estamos viendo!...

—¡Mejor!... ¡Así aprenderán a querer!...

Y una cuádruple carcajada hizo derretirse de envidia la nieve cuajada en las ramas de los árboles...

¡Travieso amorcillo, que no tiene frío ni entre nieves!...

IV

¡EL REY HA MUERTO!... ¡VIVA LA REINA!

El destino no se había detenido en la falda de los Alpes en aquel momento de amor, y seguía inmutable su camino, alimentando realidades y borrándolas cruel, sin volver la vista atrás...

En el mismo instante en que Nadya nació a una vida nueva y veía también el porvenir de cara al sol, como la dijera Gustavo de Fleurs, allá en su tierra, en el rinconcito perdido de Kraya, ocurrían acontecimientos de una gravedad extraordinaria.

El rey Oscar, un buen señor que se pasó todo el tiempo de su reinado acumulando odios, había sido asesinado por sus súbditos en una revolución sangrienta, que repercutió en todas las cortes de Europa...

Hubiera correspondido la corona al príncipe Alex, pero muerto éste, la legítima heredera de aquel tesoro nada envidiable era la princesita Nadya... y así lo declararon las Cortes en sesión solemne, y Nadya

fué proclamada entusiásticamente reina de Kraya.

Pero sus partidarios, a cuya cabeza estaba su antiguo amigo el general Krish, ignoraban a ciencia cierta dónde estaba su Señora; únicamente el general sabía que su residencia actual era París.

Había que ir a buscarla a toda costa y sentarla en el trono, como único medio de salvación para la monarquía, que de otro modo amenazaba ahogarse en medio de la más espantosa de las revoluciones.

Y Krish abandonó la capital del Estado precipitadamente en el primer expreso que salió para la Ciudad de la Luz.

Otra vez la pobre Nadya iba a ver truncada su vida, puesta a elegir entre el deber y el amor...

.....

Aquel mismo día, después de coretear por los Alpes como dos ni-

ños grandes, de ir contando a cada pino y a cada copo de nieve lo inmenso de su dicha, regresaban a París los enamorados, ebrios de felicidad...

Ya en París, fueron a donde se habían conocido... a Maxim's, y dando rienda suelta a su alegría llegaron a alegrar aún más al champañá...

Las doradas burbujas del vino traidor centuplicaron su hilaridad y sus locuras, hasta que ya cerca de la madrugada tuvieron que echarlos del baile por... escandalosos...

Volvieron al hotel de Nadya... Gustavo la llevaba en brazos como a una niña, y así hicieron su entrada triunfal ante el asombro de la buena Zana, que sonreía gozosa al ver a su amita feliz como no lo fuera nunca.

Gustavo dejó su carga sobre un promontorio de cojines, en un diván que era una nube de sedas y fué al balcón...

Quería abrirlo, pero Nadya protestó:

—No abras aún, Gustavo, que este sol matutino hace daño a mis ojos...

—Como quiera mi señora... ¿Quieres que te quite esa corona, que debe pesar sobre tus sienes de lirio?

Nadya iba disfrazada de reina, y sobre el oro de sus cabellos se man-

tenía enhiesta una soberbia corona de hoja de lata...

—No seas adulator... Yo no soy un lirio... Nada más que una orquídea... y gracias.

—¡Tú eres más bella y más delicada que una orquídea!...

Gustavo de Fleurs se había sentado a su lado y acariciaba con sus manos temblonas su piel de raso, bebiendo de cuando en cuando en sus labios toda la alegría de vivir que se desprendía de aquel cuerpecito delicado...

—¿Por eso me amas?

—¡Por eso y porque exhalas el perfume más delicado del mundo!...

Y la estrechó en sus brazos con verdadera pasión, besándola, besándola delicadamente, con mimo, con coquetería, en los brazos, en el pelo, en la nuca, en la boca...

Eran felices, total, completamente felices, y si sus bocas callaban un momento, había en sus ojos tanta elocuencia, se decían tantas cosas, que hubiera sido una profanación turbar aquel divino silencio con la prosa de las palabras...

Y se besaron, se besaron largamente...

De pronto él cogió entre las suyas las manos diminutas de su amada y empezó a besar uno a uno sus deditos de pétalo de rosa...

—Te doy este beso en homenaje a tu hermosura...

—...este por la bondad de tu corazón...

—...este otro por el fuego de tu alma...

—...y este en prenda de nuestra próxima alianza...

Nadya reía como una loca...

—¡Estate quieto, que me haces cosquillas!... ¡Loco... loco!

—Pues aun guardo uno extraordinario e inédito, para el día en que me pertenezcas completamente...

Y se besaron otra vez como un anticipo a aquella felicidad que creían ver tan cerca... y estaba tan lejos de la realidad...

Se levantaron y fueron al balcón.

Amanecía... Un sol tenue empezaba a extenderse sobre París...

Aspiraron con deleite el aire puro de la madrugada... Los últimos vapores del champaña acababan de disiparse...

Era la hora propicia de las confesiones, la hora en que hablan las almas...

—¡Oh, Nadya!...—decía Gustavo de Fleurs, escribiendo en aquellos momentos el más bello poema de su vida de escritor enamorado de la belleza—, yo quisiera separar en mis sentimientos el amor y la sed que siento de ti... porque ésta puede apagarse, pero el amor quiero que sea eterno!...

Nadya le escuchaba embelesada, y después de mirarle intensamente contestó con orgullo:

—¡Qué emoción me produce sentirme personaje viviente de esta novela que algún día escribirás!...

—Oye, Nadya...—exclamó Gustavo, que efectivamente se sentía devorado por la sed de posesión de aquel cuerpo adorado—. «No dejes para mañana lo que puedes hacer hoy», dice un conocido adagio... ¿Vamos a casarnos hoy mismo?

—Haré lo que tú quieras, amor mío...

En aquellos momentos Nadya sintió que de improviso llegaba a sus oídos el ruido maldito del gong y hasta pareció subir de la calle la voz aguardentosa del príncipe Alex:

—¡Más vino... más vino!...

Pero fué fuerte y apartó la imagen fatídica del muerto y mirando a Gustavo en el fondo de los ojos le dijo en voz tan baja que parecía un suspiro:

—Llévame... llévame... hazme feliz, Gustavo... ¡Aunque más que lo soy ahora, es imposible!

—¡No, Nadya!... Lo serás aún más... yo te lo juro!...

Estaban acodados en la baranda del balcón.

De pronto se le ocurrió decir, sonriente:

—¿Qué harías tú si yo me tirase por el balcón?

—Ir a buscarte por el mismo camino...

Y se abrazaron aún más, como si la amenaza fuera a convertirse en realidad.

Y contestó Nadya:

—Pues no temas, que la vida se porta lo bastante bien conmigo para no hacerla el desaire de abandonarla...

Gustavo se desasíó y fué a llenar dos copas de champaña.

—¡Bebamos por la gran felicidad que nos espera esta noche!...

Un momento en alto las copas, volvieron a mirarse... y después de beber hasta la última gota estre-

llaron las copas contra el suelo para que nunca pudiera nadie profanar aquellos cálices de amor...

—¡El sol se ha escondido de rubor y de envidia al mirarnos!... ¡Qué estúpido!

Entraron en el saloncillo. Gustavo la besó por última vez.

—Nadya, prepárate para mi vuelta. Vendré a buscarte a las doce e iremos a la Alcaldía para firmar el acta matrimonial... Voy mientras tanto a dar los pasos necesarios y organizar la ceremonia... ¡Y después, mía... mía para siempre!

—¡Sí, Gustavo... para toda la vida!...

V

¡POBRE CUENTO DE AMOR!...

Gustavo de Fleurs se desesperaba en la Alcaldía.

¡Que parsimoniosos aquellos empleados!... ¡Cómo se conocía que a ellos no les esperaba la felicidad!... Total para un simple certificado...

Había cola... La gente que quiere casarse... para descasarse después o desesperarse toda la vida.

Y sin embargo, Gustavo miraba el reloj veinte veces y se paseaba furioso de un lado a otro del vestíbulo, importunando a parroquianos y funcionarios.

Entretanto, en casa de Nadya se desarrollaba otra escena muy dis-

tinta y que había de tener funesto desenlace...

Después de la marcha de Gustavo, Nadya quedó pensativa... pero alegre. No como otras veces, en que el pensar la daba congojas de muerte, cuando repasaba sus tristezas y la lista interminable de sus recuerdos dolorosos.

¡No! Ahora eran pensamientos de felicidad... También ella tenía derecho a las caricias de la diosa voluble.

Pensaba en Gustavo y en su próxima dicha, y tenía jugueteos de chiquilla.

—Zana... ¡Zana!...

Acudió la vieja simpática. Nadya la saltó al cuello.

—¡Qué feliz soy, mi buena Zana!..

—¿De veras, señorita?...

—¡Sí, Zana, sí!... ¡Me caso!

—¿Se casa mi princesita rubia?...

—Sí, con Gustavo... Ha ido a prepararlo todo y por fin seremos el uno del otro a las doce de hoy... Faltan sólo unas horas, Zana...

—¿Tan pronto?...

—¡Claro!... ¿A qué esperar? ¡Ya he sufrido bastante en este mundo!... Y mira, como no hay tiempo que perder, voy a vestirme... Gustavo vendrá por mí en seguida... Prepárame el baño...

Minutos después, Nadya gozaba las caricias del agua sobre su cuerpo desnudo, aquel cuerpo que se estremecería en breve bajo las otras caricias, las del amado...

De pronto llamaron a la puerta...

—¡Ve a abrir, Zana!... ¿Será Gustavo?...

Salió la vieja, y a poco volvió con la cara de susto de los momentos de terror, de aquellos momentos que sólo tuviera en Kraya la maldita...

—¿Qué pasa, Zana?...

—¡Ah, señorita, me parece que una gran desgracia!... ¡Ha venido!...

—¿Pero quién?...

—El...

—¡Acaba, mujer, que me deesperas!...

Y Nadya, asustada no por lo que

sabía, sino por lo que adivinaba, sacó medio cuerpo fuera del agua y miró a su antigua criada de hito en hito, esperando de sus labios alguna revelación diabólica...

Por un momento creyó que había resucitado *el otro*...

—Está ahí el general Krish...— balbució la vieja.

—¿El general Krish?...

—Sí... Princesa...

Ante los ojos de la vieja había aparecido de pronto toda la corte de Kraya, y ya no se atrevía a llamar señorita a su ama...

—¿Y qué quiere?...

—No sé, Princesa... pero desea veros con urgencia para asuntos muy graves según me ha dicho.

—Trae, trae mi ropa... Cualquier cosa... un peñador, un abrigo... algo...

También Nadya empezaba a asustarse...

Se vistió de cualquier manera y salió.

En el mismo saloncillo donde aquella madrugada gustó los besos de su Gustavo la esperaba el general Krish impaciente.

Al verla se levantó de un salto y corrió hacia ella con las manos tendidas.

—¿Qué hay, mi buen Krish?...

—Os traigo interesantísimas noticias de Kraya, Señora...

No se fijó siquiera en el trata-

miento. Al oír el nombre odiado, su rostro se cubrió de súbita palidez.

—No me importa nada de lo que pase en Kraya—contestó casi con rabia—. Calcule... voy a casarme dentro de unas horas...

—¿Casarse?... ¡Oh, Señora!... Por ahora creo que no podrá ser...

—¿Que no podrá ser?... ¿Por qué? ¿No soy dueña de mi voluntad?...

—Señora—dijo Krish irguiéndose grave y sereno, como si estuviese actuando de maestro de ceremonias y subyugado por lo que iba a decir—, el Rey Oscar ha muerto...

—¿Que ha muerto el Rey?

—Asesinado hace dos días...

—¡Jesús!...

—Y según la ley de sucesión, Vos sois la Reina de Kraya...

—¡Reina yo!... Os digo que no puede ser... Me caso hoy mismo... con un hombre al que amo sobre todas las cosas... ¡No, no puede ser!... ¡Dígame usted que sueño, que todo esto es una broma!...

—Demasiado cierto por desgracia, Señora... El Rey Oscar ha muerto y habéis sido ya proclamada solemnemente... Sólo se os espera a vos para evitar una revolución sangrienta, que sería la ruina de la dinastía y de Kraya...

—¡Pues sí que es un contratiempo!... ¿Qué me aconsejáis, amigo Krish?

—¡Señora, el deber es ante todo!...

—¡Si supierais lo enamorada que estoy, no intentaríais siquiera vencerme!

—Y sin embargo es forzoso que os convenzáis... Lo exige de Vos la Patria...

—¡Pero por Dios, que está más alto que la Patria, Krish... pensáis como hombre y sentiréis pena de mí!... ¡Yo no he nacido para eso!...

—Habláis ofuscada, Señora... Reflexionad un momento con calma y comprenderéis al fin cuál es vuestro deber en estas circunstancias... Sabéis que he sido y seguiré siendo el más devoto de vuestros súbditos... ¡Aceptad, Señora; todo Kraya os lo pide por mi bocal!...

—¡No... no! ¡No quiero volver allí!... ¡No quiero matar el amor en mi pecho ahora que tengo ansia de ser feliz, ansia de vida!... Volved a Kraya y decid que no me habéis encontrado... que me he metido monja... que me he muerto... Lo que queráis... todo, todo, antes que volver a aquel país que tan tristes recuerdos tiene para mí...

—¡Dominaos, Señora!... ¡Dominaos, yo os lo ruego!...

Nadya tuvo un gesto de rebelión. Se secó airada las lágrimas que empañaban la pureza de su rostro y gritó estas palabras:

—¡Qué voy a dominarme, si

quiero ser dichosa y no se me deja!

—¡Señora!...

—¡Kraya ha sido mi desventura y no quiero volver a verla!...

Y Nadya se retorció las manos, lloraba desconsolada...

¡Volver allí!... Vivir otra vez en aquellos salones que la vieron sufrir sin desplomarse sus techos sobre el infame... Verse otra vez rodeada de aquellas caras impasibles, que contemplaban sin pestañear las salvajadas del monstruo, esclavos del respeto... ¡El respeto!... ¡El servilismo! ¡No... no!... ¡Primero morir cien veces!...

Y la pobre mártir cayó de rodillas y se abrazó a las piernas de Krish suplicante, y le besaba las manos con desesperación...

—¡Oh, no... Krish... no me llevéis allí!...

El general estaba aturdido... La levantó casi a la fuerza...

—¡Por Dios, Señora, alzaos!... ¿Cómo es posible que mi Reina se postre de hinojos ante uno de sus súbditos?...

—¿Yo reina?... ¡Yo que he vivido en París como una aventurera!...

—A Kraya le interesa vuestro presente, no vuestro pasado, Señora—contestó Krish con dignidad.

—Además, todo eso no son más que bromas de Vuestra Majestad, re-

curso para renunciar al trono... ¿Vos aventurera?... ¡Ja, ja!...

—Reíos, reíos, que el caso no es para menos... ¡Una mujer de cabaret sobre el trono de Kraya!... Además, si yo le intereso a Kraya, Kraya no me interesa a mí de ninguna manera... ¡Lo aborrezco!

—Os engañáis, Señora... El amor por la Patria no puede desaparecer nunca de vuestro corazón...

—¡Pero si yo amo a mi Patria... pero aborrezco la Corte!... ¡Que me dejen ser feliz de una vez!...

—Reflexionad, Señora... Los ojos del mundo entero están fijos en Vuestra Majestad... La renuncia equivaldría a una deserción ante el enemigo y además vuestro matrimonio con ese hombre se tomaría como una locura... o como algo peor: como una burla.

Nadya callaba... Por sus mejillas caían silenciosas las lágrimas y su respiración iba siendo más agitada por momentos...

Por fin levantó la cabeza y mirando a Krish con una cara que daba lástima, deletreó penosamente:

—¿Así pues... no hay remedio?... ¿Tengo que ser Reina quieras que no?

—Ese es vuestro deber, Señora.

—¿Mi deber?...

—Sí...

Reinó un nuevo silencio.

Nadya miraba sus galas de la

noche anterior... Su manto escarlata, su cetro de madera, su corona de hoja de lata... Todos sus atributos de reina de la locura y del divino amor...

—¡Oh, Gustavo, Gustavo!... ¿Podrás perdonarme algún día?...

Y mientras rezaba aquella súplica, miraba al través de las lágrimas el retrato del poeta...

Krish respetó aquel dolor sincero... Pero como era hombre de bronce ante el deber rutinario de palacio, esperó a que pasara la crisis, dispuesto a insistir hasta lograr su propósito, ahora que ya veía vacilar la primera irreductibilidad de la Princesa.

Al cabo, Nadya se puso en pie, se enjugó los ojos y lanzando un gemido doloroso, preguntó:

—¿Y cuándo hay que salir?

—Ahora mismo.

—¿Tan pronto?...

—Sí, Majestad.

—¿Y no podré despedirme?...

—Imposible, Señora... y además, no es conveniente...

—¡Tiene usted razón!...

Y como una autómatas salió de la habitación.

Ya en su alcoba, llamó:

—¡Zana!...

—¡Señora!...

—Me llevan, Zana... ¡Otra vez a Kraya!...

—¿A Kraya?...

—Sí... Dicen que me llama el deber...

—¿El deber?... ¿Y quién es ese señor?...

—No lo sé, Zana... Debe ser muy malo...

—¿Pero por qué se la llevan, Princesa?...

—Eso es lo peor, Zana... ¡el por qué!... El Rey Oscar ha muerto...

—¡Dios le haya perdonado... como al otro!—dijo en voz apenas perceptible la vieja servidora.

—... y a mí me han nombrado Reina de Kraya...

—¿Reina... usted... Vos... Vuestra Majestad?...

—Sí, Zana; sí, mi buena Zana... ¡Qué cosa tan horrible! ¿Comprendes?

—Sí, señorita, sí...

—¡Tendré que dejar a Gustavo!... ¡Olvidarle!... ¡A él, que lo quiero tanto!... ¡A él, que es mi vida entera!...

Y la voz de Nadya se ahogó en sollozos y cayó de nuevo en los brazos de su nodriza, que la besaba con mimo y la compadecía con toda su alma...

—¡Pobrecita!

—Tú le verás, Zana... Yo me voy ahora mismo... Trata de explicarle... Cuéntaselo todo... Dile que no me voy por mi gusto... Que me llevan... ¡Sobre todo... que no me aborrezca!...

Se vistió apresuradamente...

A fuera esperaba el general Krish, temiendo que a última hora un acontecimiento imprevisto, o demasiado previsto—la vuelta de Gustavo—echase por tierra todos los frutos de su hábil diplomacia.

Terminó por fin...

Había vestido su traje de viaje y penetró en el salón como una sombra, andando sin conciencia exacta de lo que hacía...

—Cuando queráis, general...

—Estoy a sus órdenes, Señora...

—Pues vamos pronto... No hagáis que me arrepienta de mi sumisión... Si le viera otra vez, no tendría fuerza para dejarle...

—¿Tanto le amáis, Señora?...

—Este amor durará lo que mi vida, general...

Y mirando por última vez aquellos mudos testigos de su tristeza, Nadya, la reina de Kraya, salió de aquella casa para siempre...

...

Entretanto, en el vestíbulo de la Alcaldía Gustavo de Fleurs continuaba su diálogo con la desesperación... ¡De buena gana hubiese acogotado a todos aquellos imbéciles! Los minutos que le robaban de estar al lado de su Nadya le parecían siglos.

A su lado hablaban dos mujeres. Una de ellas, al verle tan desesperado le dijo socarrona:

—¿Tiene usted mucha prisa?

—Mucha.

—¿Va usted a casarse?...

Gustavo estuvo por contestarla:

—¿Y a usted qué le importa?

Pero se contuvo y moduló un monosílabo:

—Sí.

—Si hubiera estado casado veinte años, como yo, usted mismo se reiría de la prisa que siente hoy...

Gustavo no contestó y se encogió de hombros...

La otra arpía intervino en la conversación:

—Yo es la cuarta vez que vengo a este sitio... y siempre para lo mismo... No sé qué me pasa que mis maridos se gastan muy pronto...

—Los usará usted demasiado...

—Es que los hombres de hoy no son como los de antes...

—Pues muérase usted y en paz...

Por fin le llegó el turno...

—¡Dos minutos!—pensó, al verse frente a frente al Alcalde de barrio...

¡Sí, sí!... Media hora larga tardó en darle el dicho papelote, después de un aluvión de preguntas y advertencias...

¡Uf! ¡Ya estaba en la calle!

La impaciencia ponía hormiguillo en sus nervios...

Por adelantar la noticia entró en

un teléfono público y pidió comunicación con el domicilio de Nadya...

Tardaban en contestar... ¡Qué fastidio!

Colgó el auricular y salió a la calle.

¡Un taxil...

Llegó a la casa y subió de cuatro en cuatro las escaleras.

Abrió la puerta la vieja Zana... Al ver su cara Gustavo se asustó.

—¿Qué pasa? ¿Y Nadya?...

—No está... la señora se ha ido...

—¿Se ha ido?...

—Sí, señorito... Salió para Kraya hace media hora...

—¿Para Kraya?...

—Sí, señorito... Vinieron a buscarla... el general Krish... Parece que el Rey de Kraya ha muerto y que... a la señorita la han nombrado Reina...

—¡Reina de Kraya... Nadya!...

El infeliz tuvo que sentarse... El golpe había sido demasiado rudo... Primero le dominó el asombro, pero el amor rugió dentro de su pecho...

—¡La infame!... ¡Se ha ido!... ¡Me dejó por una corona!... ¡Yo no la hubiera dejado nunca por todos los tesoros de la tierra!... ¡Al fin mujer!... ¡Pero no: me vengaré, y sabrá esa coqueta que no se puede jugar de ese modo con el corazón de un hombre!...

Y sollozaba nervioso sobre aquel mismo diván en que aun estaban

frescas las lágrimas de la desgraciada viuda del príncipe Alex.

—¡Se ha ido!... ¡Se ha ido para siempre!

Zana le miraba enternecida...

—¡Maldita!... ¡Maldita!...

—Si usted hubiera visto cómo lloraba, no la recriminaría de ese modo...

—¿Lloraba? ¿Y por qué se fué?...

—Señorito... no tenía otro remedio... Póngase usted en su caso... Era Reina y su pueblo la llamaba. Antes de marcharse me llamó aparte y me suplicó que le calmara a usted... que le dijera la verdad... Que le suplicara que no la aborreciera...

—¡Oh, Nadya, Nadya!...—gemía Gustavo — ¡Yo no puedo vivir sin él!...

Salió de aquella casa con la muerte en el alma...

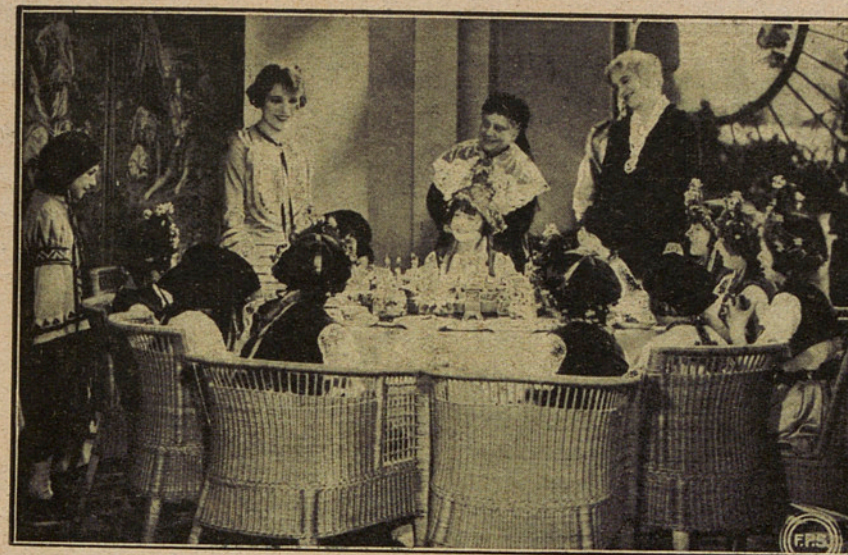
Ya en la calle, cuando el aire puro refrescó sus sienes y pudo coordinar las ideas, tomó una súbita determinación:

—¡A Kraya!... ¡Iré a Kraya y la veré y será mía... pase lo que pase! ¡Aunque me cueste la vida!...

El amor dominaba en él sobre todas las cosas...

En una carrera llegó a su casa e hizo apresuradamente su equipaje.

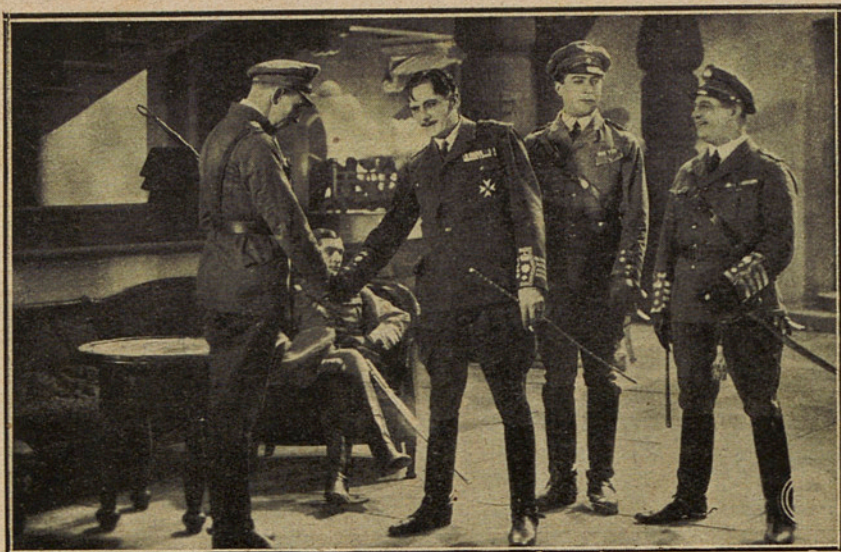
Horas después, como un fardo, como una cosa sin alma, Gustavo



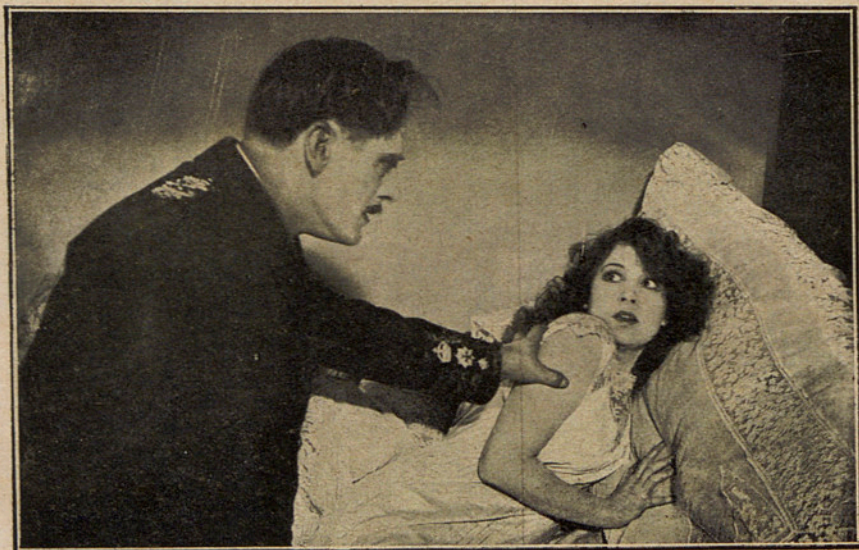
Nadya está rodeada de pequeñuelos...



Alex, el marido de Nadya y el mayor calavera del reino...



Alex, tras la última libación, se despidió de aquella gentuza señorial...



Quiso huir pero Alex la sujetó con furia...

Sobre su cabellera de oro campeaba un casquete orlado de monumental corona de pedrería...



Pasaron las horas alegremente—como siempre debían pasar...



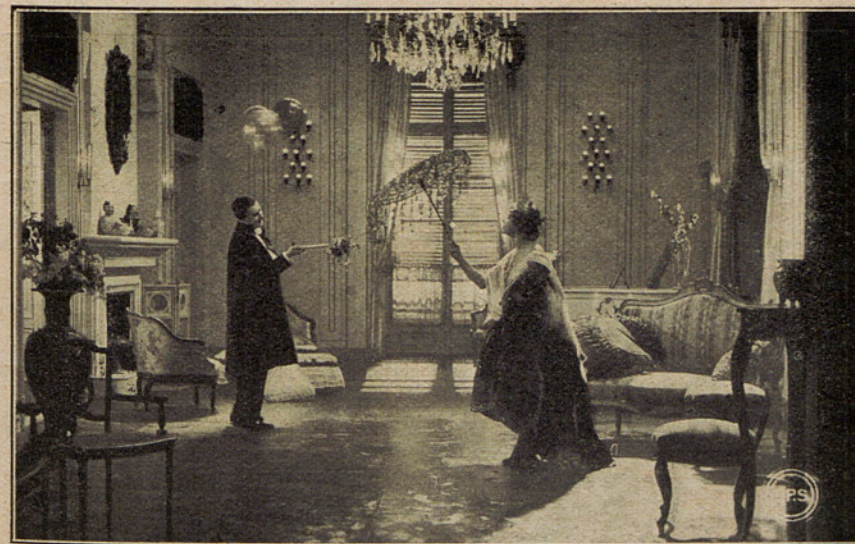
...en dos saltos se encontró Gustavo dentro, al lado de Nadya...



...de Fleurs teniéndola apretada contra él...



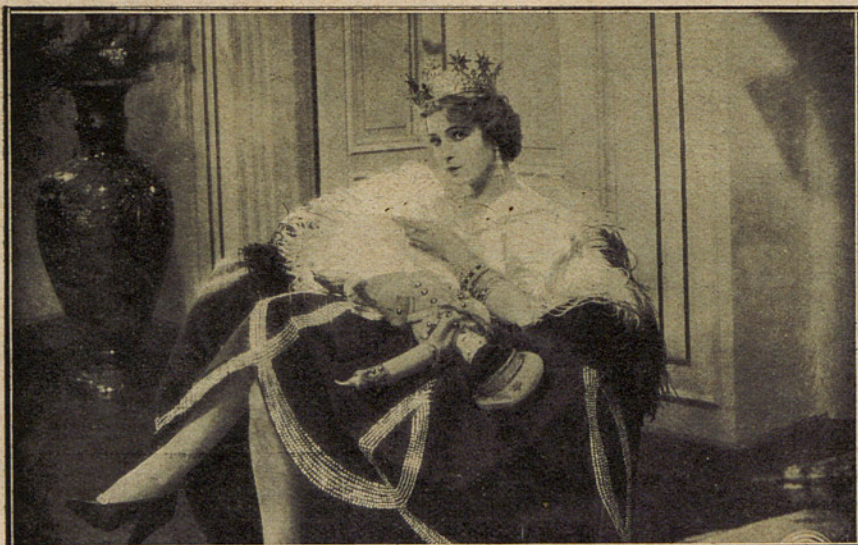
...fueron a sentarse en una mesita junto al skating, donde los mozos sirven con patines.



Volvieron al hotel de Nadya...



Gustavo dejó su carga sobre un promontorio de cojines...



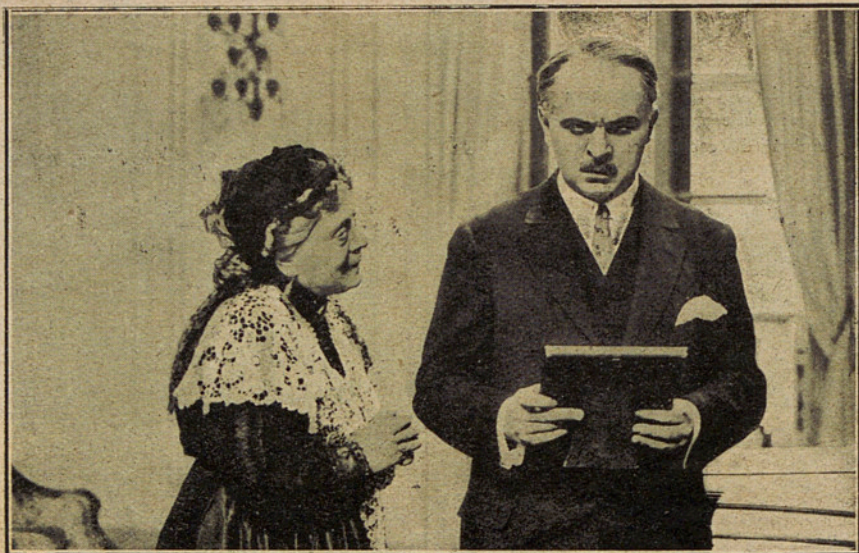
Nadya iba disfrazada de reina...



—¡Qué emoción me produce sentirme personaje viviente de esta novela que algún día escribirás...!



Mientras Nadya gozaba las caricias del agua sobre su cuerpo desnudo...



Ante los ojos de la vieja había aparecido de repente toda la corte de Kraya...



—¡Aceptad, señora; todo Kraya os lo pide por mi boca!

N O C H E N U P C I A L

de Fleurs, el hombre más feliz de la tierra media hora antes, iba hacia Kraya como un guiñapo derregado sobre los cojines de un vagón de primera...

El destino llevaba a la muerte

a aquel pobre corazón destrozado que no cometiera más delito que haber querido, como tantos, jugar al matrimonio algo precipitadamente...

¡Pobre cuento de amor!...

VI

AMOR DE PROTOCOLO

Estamos otra vez en Kraya.

Nadya fué recibida en la Corte de sus mayores con toda la pompa y el ceremonial debido a su alta jerarquía.

La ceremonia de la jura fué solemne, y cuando la ex locuela de Maxim's se vió con una verdadera corona sobre sus sienes y empuñó su diestra el cetro de oro y pedrería, cuando contempló a su alrededor toda aquella multitud que la aclamaba, Nadya tuvo un momento de perplejidad...

Aquella mujer ante quien se inclinaban los palaciegos en la más lacayuna de sus cortesías y a la que vitoreaban las gentes entusiastas, ¿era ella?...

Y se acordó de aquella pobre corona de hoja de lata, que no era tan lujosa como ésta pero pesaba menos, y pensó en los homenajes que entonces recibiera: frases ardientes y besos de amor...

¡Decididamente la gustaba ser reina de mentirijillas!... No mandar

en tanta gente... Sentirse adorada por un corazón solo, pero un corazón que ponía fuego en sus labios y en sus ojos...

¡Cuán lejos estaba aquello!...

Y luego, ¡qué vida ésta!... No la dejaban en paz un momento. A cada segundo la razón de Estado... Ministros, generales, diplomáticos...

Su vida era un infierno... ¿Si nació sólo mujer, por qué se empeñaban en que fuera Reina?

Una Reina no debía tener corazón...

A los pocos días, algo vino a empeorar su situación llenándola de sobresalto.

La seguridad de la monarquía imponía su matrimonio en plazo brevísimo.

Había que pensar en el mañana... Debía dar herederos al trono, para que no muriese en ella la raza divina...

Nadya al pronto se resistió cuanto pudo...

No quería casarse... Ya había

hecho bastante con sacrificarles su corazón y su vida... Por lo menos que la dejaran vivir tranquila en el recuerdo...

Todo fué en vano... Lo exigía la Patria...

¡La Patria!... y llegó a maldecirla, cuando no era ella la que tenía la culpa de aquellos entuertos, sino sus mangoneadores...

Y se concertó la boda...

Otro desgraciado, un príncipe de un país vecino que tampoco nació para Rey, que también tenía corazón, fué el elegido para compartir con ella las responsabilidades del poder...

Y aquella tarde en el consejo, el general Krish, verdadera alma dirigente de aquella corte minúscula, dió la noticia:

—Las negociaciones diplomáticas han llegado a buen fin y me congratulo anunciándoos que el enlace de nuestra Reina con el príncipe Keri es cosa decidida.

Reinó un momento de júbilo entre los consejeros. ¡La monarquía estaba asegurada!...

Vino luego la discusión del detalle de la ceremonia. La recepción del Príncipe, la firma de los contratos matrimoniales, la ceremonia, los festejos, la jura del nuevo consoorte...

Krish seguía siendo el que llevaba la voz cantante:

—Señores, si les parece daremos al recibimiento del Príncipe un carácter popular. La Reina saludará a su futuro en la escalinata de palacio...

—¿Y no teméis que puedan producirse algunos desórdenes?...

—No... No creo en la enemiga del partido popular...

—Sin embargo...

—Repito que estoy tranquilo... De todos modos, se redoblará el servicio de orden y no creo que nadie se atreva...

—¡Dios os oiga, para bien de la Patria!

Cuando anunciaron a Nadya su boda con el príncipe Keri, palideció de una manera terrible y en sus labios se dibujó un nombre:

—¡Gustavo!...

—Está bien—se limitó a contestar—. Se hará lo que ustedes quieran...

Luego a solas con Krish, le dijo con enojo:

—Podía usted haberme dicho esto, general, antes de salir de París...

—¿Me hubiera seguido entonces Vuestra Majestad?

—No.

—Por eso no se lo dije, Señora.

—Por lo menos es usted franco... No tiene usted la culpa, pero causará mi desgracia...

—Bien sabe Vuestra Majestad que no es ese mi propósito...

—Lo sé... Krish... y por eso le perdono... ¿Pero, quién es el príncipe Keri? ¿Será un segundo Alex?

—¡Oh, no, Majestad! A este le conozco bastante... Es joven y es bueno...

—Menos mal... ¡Hágase lo que Dios quiera!...

Aquella noche no durmió... ¡Pobre Nadya!...

.

Contra el parecer de Krish, el partido popular no pensaba asistir indiferente a los brillantes festejos de la recepción del príncipe Keri.

Diariamente, desde la exaltación al trono de la princesa Nadya, los mismos que días antes asesinaron al Rey Oscar se reunían en conciliábulos secretos, tramando la muerte de aquella aventurera que, harta de arrastrarse por todos los cabarets de París, había tenido la audacia de recoger las riendas que dejara caer en el fango el difunto monarca, y empuñaba el látigo que había de seguir flagelando al pueblo indefenso...

La efervescencia era enorme, y ante la inminencia de los acontecimientos los cabecillas de las turbas empezaron a planear un nuevo crimen reivindicador.

El regicidio debía tener lugar el mismo día de la llegada del príncipe Keri.

La determinación de los ministros de que la recepción tuviera carácter popular y se celebrara en la escalinata de palacio, en plena Plaza Real, facilitaba sus planes.

Nada más fácil, en efecto, que mezclarse el regicida con el pueblo, colocarse cerca de la escalinata y en el momento en que apareciese la Reina en la puerta disparar sobre ella, sin precipitaciones, con calma, para asegurar la ejecución del golpe...

La reunión se levantó en medio del mayor entusiasmo y de allí salió designado el ejecutor...

¿Iría la pobre Nadya a ser víctima propiciatoria, sólo por no haber haber querido ser Reina?

.

¿Y Gustavo?...

Había llegado hacía días a la capital de Kraya, y vagaba por sus calles de día y de noche como un loco...

Aun no había podido ver a Nadya...

Más de una vez, a altas horas de la noche, los guardias de palacio le habían dado el alto y aun habían hecho ademán de disparar contra él...

El infeliz loco de amor, se paseaba bajo la luna melancólico, preguntando a las piedras y a los astros por el escondite de su Nadya querida...

¡Por fin iba a verla!...

¿Pero cómo?...

¡Se casaba!... ¡Se casaba la ingrata!...

¡No... no sería!... ¡Estaba dispuesto a todo por verla, por hablarla, por decirla otra vez su amor!...

Y esperaba con impaciencia que

llegase el día siguiente... el de la llegada del odiado rival...

El haría que le viese... y o Nadya había cambiado mucho en pocas horas, o al verle tendría lástima de él...

Y ya el alba le sorprendió a las puertas de palacio, esperando pacientemente junto a la escalinata a que llegase la hora de abrirse su puerta claveteada.

Quería entrar a toda costa...

¡Y entraría!...

¡El destino cruel lo había también dispuesto así aquella vez!...

VII

EL ATENTADO

En la Plaza Real de Kraya no cabía un alfiler...

El buen pueblo había acudido en masa a aquel espectáculo gratuito, y la ola humana oscilaba en un flujo y reflujo incesante hasta la entrada misma del Palacio Real.

A no contenerla las tropas que cubrían la carrera, lo hubiera invadido todo...

Más de una vez la fuerza pública fué algo ruda en sus demostraciones, y aquí y allá se oyeron gritos y maldiciones...

Por fin un estruendo de clarines y tambores anunció que se acercaba la comitiva...

Acababa de llegar el príncipe

Keri, acompañado de su tía la archiduquesa Eugenia y rodeado de un séquito vistoso y llamativo...

Brillaban al sol las corazas de los jinetes de la guardia real y flameaban al viento los estandartes de colorines, mientras al chinchín de las músicas militares se mezclaba el estallido de las salvas, los vítores, los aplausos, todas las demostraciones de ese júbilo popular que participa de todas las fiestas gratuitas...

Abrióse la gran puerta de Palacio, y en medio de sus damas y rodeada de generales, ministros y altos dignatarios de la Corte, apareció la Reina.

Estaba Nadya hermosísima, con su gran traje de Corte, de raso blanco y la magnífica diadema de diamantes sobre sus bucles de oro...

—¡Viva la Reina!...—gritaron algunos, y al eco de esta aclamación entusiasta llegó hasta ella el futuro esposo, el príncipe Keri, sonriente y erguido bajo su lujoso uniforme.

No era feo el Príncipe... Al contrario, Nadya, pese a la predisposición natural que anticipadamente sentía en contra de él, le encontró altamente simpático y así lo anunció la sonrisa de sus labios al tenderle la mano para que la besara.

Le miró de cerca... Era un hombre joven, gallardo, elegante, de mirada franca y persuasiva y sonrisa atrayente...

¡Era guapo el príncipe Keri... y parecía bueno!...

¡No había mentido el general Krish!

¡Si ella no hubiera conocido a Gustavol...

¿Pero, quién sabe?...

—Alteza—dijo al fin temblándole ligeramente la voz—, siento un verdadero placer y un gran honor dando la bienvenida a mis estados al Príncipe que ha de ser mi esposo...

Se inclinó graciosamente el Príncipe y contestó con voz melodiosa y sin dejar de mirarla fijamente:

—Y yo me siento orgulloso y ma-

ravillado de vuestra hermosura, Majestad...

Y volvió a besar su mano con más firmeza que antes.

—Si os parece, Alteza, seamos breves... Estas demostraciones públicas me atacan los nervios...

—¡A mí también!...

—Celebro mucho que seamos del mismo parecer...

No pudo terminar... En aquel momento se oyó una detonación, y una bala silbando sobre sus cabezas vino a estrellarse en los frisos de la puerta principal de palacio.

El tumulto que se produjo fué espantoso... Hacia uno de los lados de la gran puerta se vió un remolino de gente, y los guardias que a duras penas lograban impedir que la multitud linchase al asesino...

¿Qué había ocurrido?...

El regicida designado por los revolucionarios para acabar con aquella dinastía que consideraban funesta, había ido a situarse al lado de Gustavo de Fleurs, y cuando éste miraba embobado a aquella mujer que era toda su vida, notó que su vecino hacía un ademán extraño.

Volvióse rápidamente y pudo ver que aquel hombre apuntaba al grupo formado por los Príncipes y se disponía a hacer fuego...

Por pronto que quiso evitarlo, sólo consiguió desviar la puntería...

Miró angustiado hacia la escalinata... ¡Nadya estaba ilesa y saludaba sonriente a la multitud, que redoblaba ahora sus aclamaciones!

Gustavo luchó con el asesino, y después de desarmarlo lo entregó a los guardias...

Poco se figuraba de Fleurs que aquel hombre al disparar sobre la Reina le había abierto las puertas de palacio y facilitado su acceso hasta la que tanto ansiaba volver a ver...

.....

En Palacio se comentaba vivamente el atentado de que había estado a punto de ser víctima Su Majestad.

Ya a solas, una vez retirado el Príncipe y sus acompañantes, Nadya quiso saber detalles de lo ocurrido.

Como siempre, fué Krish el encargado de dárselos:

—Los mismos que atentaron días ha contra el Rey Oscar, tenían sin duda preparado el golpe de hoy... Un hombre, cuyo nombre se ignora, disparó sobre vuestra Majestad... De no ser porque un extranjero desvió su brazo en el crítico instante de disparar, sabe Dios lo que hubiera sucedido...

—¡Qué horror!... ¿Pero, Dios mío, qué les he hecho yo?—exclamó Nadya.

—Nada, Majestad... el pueblo es ciego... Vuestra entereza en aquellos momentos, Majestad, nos ha asombrado a todos... Recibid mis felicitaciones...

—¡Bah! ¡No vale la pena!... ¡Tiene tan poca importancia la vida!...

—Señora, sería de buen efecto que Su Majestad diera las gracias personalmente al hombre que ha salvado su preciosa existencia...

—¿Lo creéis así, Krish?

—Sí, Majestad...

—Lo haré... Disponedlo como queráis... ¿Y quién es ese hombre?...

—Lo ignoro, Señora... Sólo sé que es extranjero...

—Bien. Cuando digáis, estoy pronta a recibirle, pero ahora permitid que me retire... Tantas emociones me han fatigado.

Ya sola en sus habitaciones Nadya, tras un momento de vacilación llamó por teléfono al príncipe Keri.

—Príncipe...

—Majestad...

—Quería deciros una cosa... Saltaos el protocolo y venid, si os place, para charlar un rato...

—Lo mismo estaba yo pensando... ¡Tengo tantas cosas que deciros!...

—Entonces apresuraos a venir,

sin ceremonia de ninguna clase, en compañía de la archiduquesa...

Colgó Nadya el auricular y sonrió pensativa...

Empezaba a olvidarse de Gustavo...

¡Era tan simpático el Príncipe aquel!...

VIII

Y EMPEZÓ UN NUEVO IDILIO...

En sus habitaciones particulares el futuro esposo de Nadya, el príncipe Keri, se encuentra en compañía de su tía la archiduquesa Eugenia despachando la correspondencia.

En pie ante ellos y esperando sus órdenes, tieso y erguido, está uno de los oficiales de la Guardia Real.

La archiduquesa Eugenia es una mujer que debió ser hermosa en su tiempo a juzgar por los restos de belleza que aun se conservan apuntalados como los monumentos arquitectónicos de épocas remotas, declarados por las generaciones presentes monumento nacional.

A pesar de sus cuarenta y tantos cumpliditos—según malas lenguas—la archiduquesa siente la debilidad amatoria y es terriblemente coqueta.

En aquel momento le ha hecho tilín el oficialillo puesto a su servicio y le dirige unas miradas capaces de derretir un mármol...

El oficial la mira asombrado y empieza a encontrarse incómodo

bajo la guerrera de paño de gamuza...

Para su fuero interno, aquel galán imberbe se dice entre dientes:

—¡Maldita vieja!... Sólo me faltaba que se enamorase de mí...

En aquel momento el timbre del teléfono interrumpe el idilio mudo...

Es la llamada de Nadya.

El rostro de Keri se ilumina de gozo, y un minuto después deja el receptor y dice alborozado dirigiéndose a su tía:

—Tía, es Nadya que nos llama... Quiere que vayamos un rato sin ceremonia alguna, para hablar sin testigos e íntimamente. Espero que me acompañaréis...

La vieja mira al oficial barbilampiño y después de un meloso suspiro contesta haciendo dengues:

—Adelantaos, sobrino... que yo os seguire en seguida...

Keri mira a su tía y al oficial alternativamente, y sin duda acostumbrado a aquellos juegos *peligrosos* de su señora tía, sonríe mali-

ciosamente y sale precipitado de la estancia...

¡Tiene prisa por estar en otro lado!...

Ya a solas con el oficial, la archiduquesa descubre su juego.

—Caballero oficial—dice dirigiéndole una mirada que ella supone irresistible—, podéis abandonar esa respetuosa actitud y sentaros a mi lado con toda confianza...

El pobre muchacho resopla como si se ahogara... En realidad suda como un pollo...

—Señora...

—No se asuste hombre, no se asuste... que no voy a comerle...

—Señora...—repite el mozalbete, más muerto que vivo.

—Así, así me gustan a mí los hombres... un poco tímidos...—continúa la dama—. Pero siéntese, hombre... siéntese, a menos que quiera que me levante yo...

El oficial se ve en el caso de obedecer y se sienta al extremo del diván, como si temiera quemarse en aquel volcán a medio apagar.

—Sí, señor, sí... siento verdadera afición por ayudar en su carrera a los oficiales jóvenes y simpáticos... como vos. Algunos, gracias a mí, han subido muy de prisa...

—Señora...

—¿Tenéis novia, oficial?...

—Sí... es decir, no...

—¡Mal hecho, mal hecho... si la

tenéis!... El amor es muy travieso y muy traidor... Guíaos por mis consejos y...

Y la archiduquesa Eugenia se comía con los ojos a aquel tierno polluelo al que quería desplumar bonitamente...

.....

Mientras tanto Keri, que empezaba a enamorarse seriamente de Nadya, era recibido a solas por ésta.

—Pronto habéis venido, Príncipe...

—¿No erais vos quien me llamaba, Majestad?...

—Sentaos, Príncipe...

—Gracias... Prefiero estar de pie a la hora de las grandes solemnidades...

—Como queráis, Príncipe; aun cuando yo, si he de hablaros con franqueza, no veo en este momento esa solemnidad de que me habláis...

—Quizá después me comprendáis mejor...

—No se... No os entiendo... Pero puesto que os empeñáis...

El príncipe Keri se mantenía en pie ante ella respetuosamente, aun cuando sus ojos iban empezando a hablar con demasiada elocuencia...

—Mucho me temo que la ceremonia de mañana resulte demasiado fastidiosa... A veces es una des-

gracia ostentar jerarquías... ¿Verdad, Príncipe?

Y al hablar así, Nadya puso sin quererlo demasiado fuego en sus ojos...

El Príncipe dió un paso adelante y clavando en ella los suyos ardientes murmuró:

—Así es, Majestad... Yo no quisiera ser ahora más que un enamorado para Vos...

—¿Un enamorado?... ¿Y para qué?...

—Para poder deciros lisa y llanamente: «os amo»...

—¿De veras?

—Sí, Nadya... Después de veros, no tengo más remedio que reconocer que la diplomacia de mi país suele hacer muchas veces las cosas bien hechas...

—¿Qué ocurrencia!...

—Y ya que es vuestro deseo, conversemos sencillamente, como dos simples ciudadanos...

Y el Príncipe, aceptando la silla que antes rechazara, se sentó a su lado.

—¡Gracias a Dios!—dijo Nadya riendo ingenua—. ¿Y la solemnidad de que hablabais antes, Príncipe?

—¡Pobres solemnidades!... ¡Y pensar que yo tenía preparada una declaración de amor... diplomática!...

—¡No, por Dios, Príncipe!... De-

jemos la diplomacia a un lado... ¡Estoy harta de diplomacia... y de diplomáticos!... ¡Es la parte más lastimosa de nuestro triste oficio de reyes!...

—Para demostrar mi carácter franco, voy a atreverme a descubriros un secreto... Antes de venir a Vos por razones de Estado, me han obligado a interrumpir cruelmente una venturosa novela de amor...

—¿Vos también?...—exclamó inconscientemente Nadya.

—¿Acaso?...—preguntó el Príncipe, sorprendido.

—Sí, Príncipe... El mismo día en que llegaron a buscarme para traerme al trono de mis mayores, debía casarme en París...

—¿Y estabais enamorada?...

—Fué mi primer amor...

Reinó un momento de silencio, durante el cual aquellos dos corazones que supieron por egoísmos de los demás del dolor de la separación, repasaban sus recuerdos del pasado y pensaban más en los ausentes que en ellos mismos...

Por fin el Príncipe, haciendo un esfuerzo, continuó la charla:

—He aquí otra circunstancia común que existe en nuestras vidas... Sospecho que vamos a conge-niar...

—Así lo creo, aun cuando os advierto, Príncipe, que es muy pron-

to para hablar de amor... ¡Está muy fresca la herida!...

—Sería un necio si exigiera tanto, Nadya... También se lo que es el dolor de una vida truncada... Sin embargo, como el destino ha dispuesto que en lo sucesivo vivamos unidos, haremos cuanto podamos por agradarnos... Yo de mí se deciros que a pesar de *aquello*, siento que empiezo a amaros...

—¿Tan pronto?...

—Sí, Nadya...

—Debéis tener un corazón inmenso, Príncipe...

—Ponedlo a prueba...

—Ya veremos...

La conversación se interrumpió de pronto.

Llegaba la archiduquesa Eugenia...

En el rostro de Keri se pintó un gesto de contrariedad y al notarlo Nadya sonrió satisfecha...

La mujer volvía por sus fueros...

IX

PERO EL PASADO VUELVE...

Entraba la archiduquesa contoneándose, deteniéndose a cada paso con un pretexto cualquiera para dirigir alguna mirada, alguna sonrisa y hasta alguna palabra acaramelada a su tímido oficialillo de escolta...

—Vuestro país, Majestad—dijo adelantando hacia Nadya que la aguardaba sonriente—es un verdadero encanto... y la oficialidad es simpatiquísima...

—Celebro, señora, que os haya gustado tanto mi tierra... y tantísimo mis oficiales... Son buenos muchachos... aunque algo tímidos—contestó Nadya riendo interiormente de los apuros que estaría pasando el pobre oficial de la Guardia Real.

—¡Ay, sí!—suspiró la cuarentona—. Pero no importa... Me gustaría quedarme aquí para siempre...

—¡Oh, señora, estaría encantada de ello, porque eso me proporcionaría el placer de verla con frecuencia!...

—Me parece, sobrina, que vais a ser muy feliz con mi sobrino... ¡Y eso que el matrimonio es una cosa muy serial...

—¡Demasiado serial!...

—Lo sé prácticamente, porque he estado casada tres veces...

—¿Y cuáles han sido los momentos más felices de vuestra vida, mi querida archiduquesa?

La interpelada volvió la cabeza hacia donde estaba el oficial de marras, y muy noblemente contestó:

—¡Cuando estaba viuda!...

Siguieron hablando unos instantes de cosas indiferentes...

Keri no apartaba los ojos de su futura y ésta por su parte empezaba a sentir que aquel hombre iba a ejercer una saludable influencia en su porvenir...

Al despedirse, Keri la dijo en voz baja, verdaderamente emocionado:

—Mi palabra de honor, Nadya, que pondré de mi parte todo cuan-

to pueda para haceros dichosa...

—El cielo os oiga, Príncipe—contestó Nadya en el mismo tono—, porque buena falta me hace... ¡Harto he sufrido en este mundo!...

Cuando se quedó sola, la Reina llamó a su fiel Zana y la dijo arrojándose en sus brazos conmovida:

—Querida Zana, creo al Príncipe capaz de llegar a curarme un día aquella herida de amor...

.

Escribía Nadya en su despachito particular.

Escribía y pensaba...

Pensaba en los cambios operados en su vida en tan pocos días.

Después de aquella borrachera de amor, que creyó que duraría tanto como su vida, había llegado el rudo golpe de la separación.

Lloró mucho... Lloró mucho una vez más aquella mujer que apenas había tenido tiempo de hacer otra cosa durante toda su vida.

Aquel viaje desde París a Kraya, a solas con Krish en el departamento, le había parecido interminable... Creyó que tras ella iba quedando todo el mundo, la inmensidad de todas las tierras, separándola cruelmente del amado...

¿Qué haría Gustavo?...

Le veía llegar gozoso a buscarla para ir a la Alcaldía... con su gran

cara de niño bueno, alegre y sonriente, subiendo de cuatro en cuatro las escaleras, llamando a la puerta como si fuera a hundirla y gritando a todo pulmón, con aquella su voz melosa que llegaba tan adentro:

—¡Nadya... Nadya!...

Y luego... al no hallarla; al saber su marcha, su fuga, porque aquello había sido una fuga impropia de su amor, se indignaría primero... lloraría después... porque al fin y al cabo no era más que un niño, con un corazón muy grande dentro del pecho...

¡Pobre Gustavo!... ¡Tan digno como ella misma de ser feliz!...

¿La odiaría por su desvío, cuyas causas no podría adivinar, porque él no sabía de aquellos deberes reales?

¿La olvidaría?...

¿Querría a otra?...

El tiempo... el tiempo, el gran traidor del melodrama de la vida, haría su obra y quizá sólo viviese el recuerdo de la princesita Nadya en alguna novela sentimental del joven escritor... Al menos serviría para acrecentar la gloria de aquel a quien no pudo dar el amor y la felicidad...

Sí... la olvidaría...

¿No estaba ella a punto de hacerlo también?...

Y llegó a Kraya, y como en un

sueño pasaron los primeros días... El recibimiento entusiasta; la llegada a palacio, a aquel palacio maldito donde tantos amargores experimentara...

La primera noche no pudo dormir... A cada instante le parecía que iba a entrar en su alcoba, a llegar hasta su lecho, el odiado Alex, el Príncipe beodo que murió en un ataque de delirium tremens... lo único bueno que hiciera en su vida...

Luego la coronación, con su pompa fastuosa y las ceremonias interminables... Y ahora, la boda... la llegada del Príncipe... el odio del pueblo que quiso matarla, aquel pueblo que no hacía mucho la recibiera con aclamaciones delirantes... ¿Quién podía entenderlo a aquel pueblo?...

Era también como Gustavo... un niño grande...

Y recordó así el pasado, y se detuvo en el presente como en un remanso de las turbulencias de su vida...

¿Amaba al Príncipe?...

No.

Era demasiado pronto... Estaba aún muy fresco el recuerdo de aquél...

Verdad que era simpático, agradable, guapo... Su conversación era amena, entretenida...

Sabían sonreír con gracia sus la-

bios y el brillo de sus ojos hacía cosquillas en el alma...

Si conseguía olvidar al otro... borrar su imagen del corazón... tal vez sí, tal vez llegara a amarle...

—Le amaría, sí—pensaba, y se decía a sí misma—, pero nunca como a mi Gustavo... ¡Como quise a éste, no querré nunca a nadie!... Y sin embargo, debo olvidar... Mi único consuelo es que si él supiera mi vida, si me viera tan sola en medio de tanta gente que sólo imagina celadas para violar mis sentimientos, tengo la seguridad de que me comprendería y me daría su perdón...

Había una cosa que no se atrevía a decírsela a sí misma.

Y es que a veces pensaba en la muerte de Gustavo... En que quizá no había sabido o no había querido resistir a la separación y se hubiese matado...

No se lo decía de miedo, pero las lágrimas perlaban sus ojos cuando allá en lo más recóndito de su pensamiento surgía la tragedia...

Pasaban los minutos y Nadya seguía entregada a sus recuerdos insensible a cuanto pasaba a su alrededor...

Su fiel Zana vino a sacarla de aquella especie de marasmo en que una vez más la sumiera su pasado.

—Entra, Zana... ¿Qué pasa?

—Señora, el hombre que ha sal-



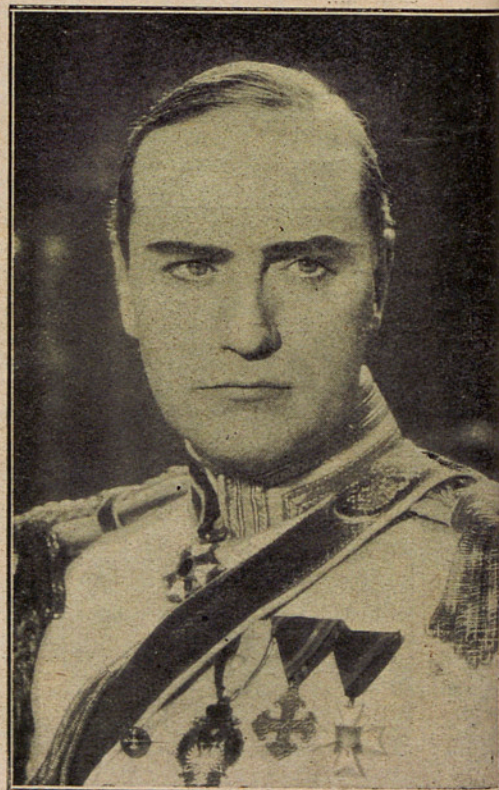
... y cayó en los brazos de su nodriza, que la besaba con mimo y la compadecía con toda su alma...



—¡Si usted hubiera visto cómo lloraba, no la recriminaría de ese modo!



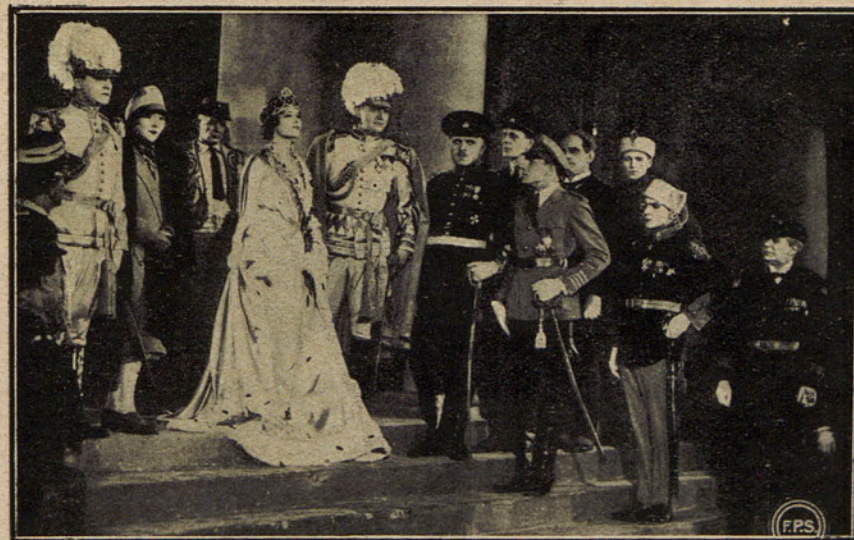
Y se acordó de aquella pobre corona de hojuelas
que no era tan lujosa como esta, pero pesaba menos.



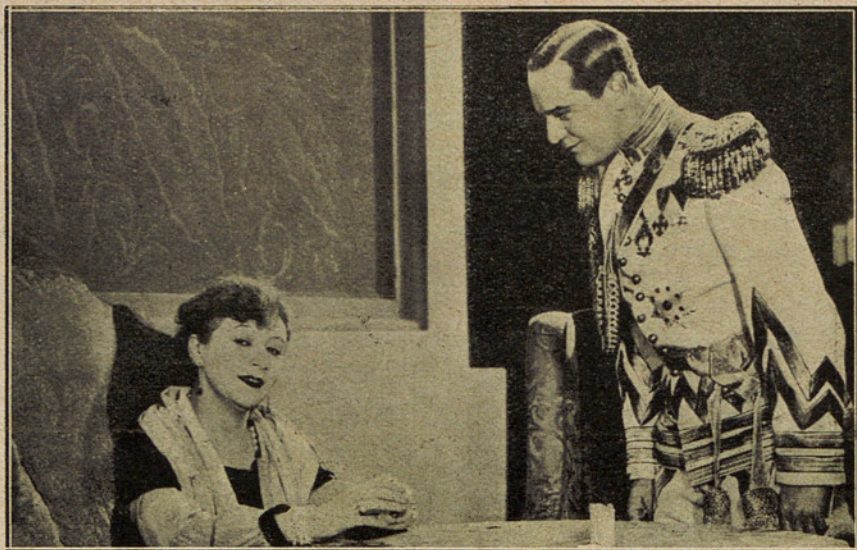
El Príncipe Keri...



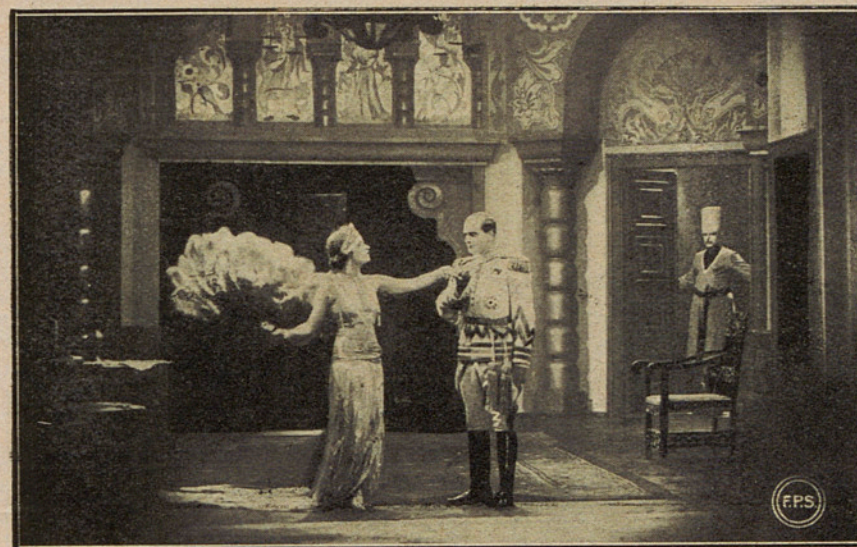
El regicida designado por los revolucionarios...



Nadya estaba ilesa y saludaba a la multitud, que redoblaba ahora sus aclamaciones.



—Adelantaos, sobrino... que yo os seguiré en seguida...



—Pronto habéis venido, príncipe...



—¿Tenéis novia, oficial?



—Para poder deciros lisa y llanamente «os amo».



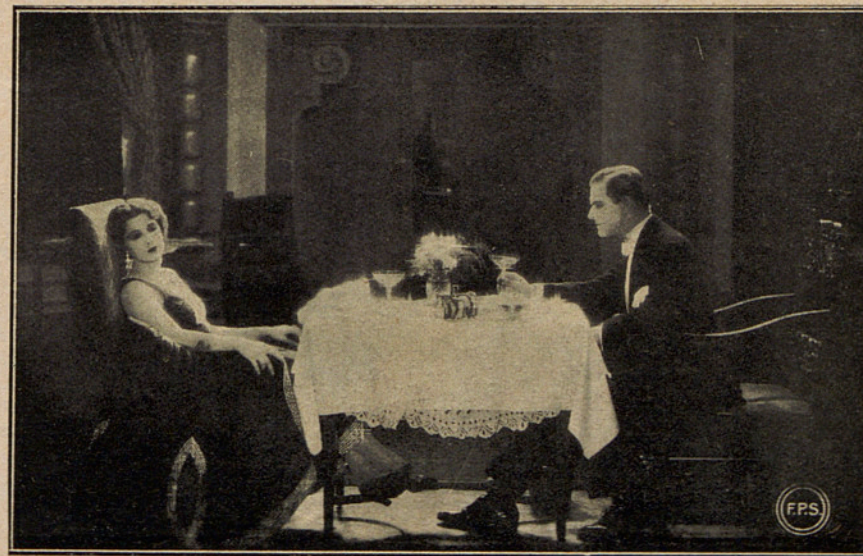
—Vuestro país, Majestad, es un verdadero encanto y... la oficialidad simpatiquísima...



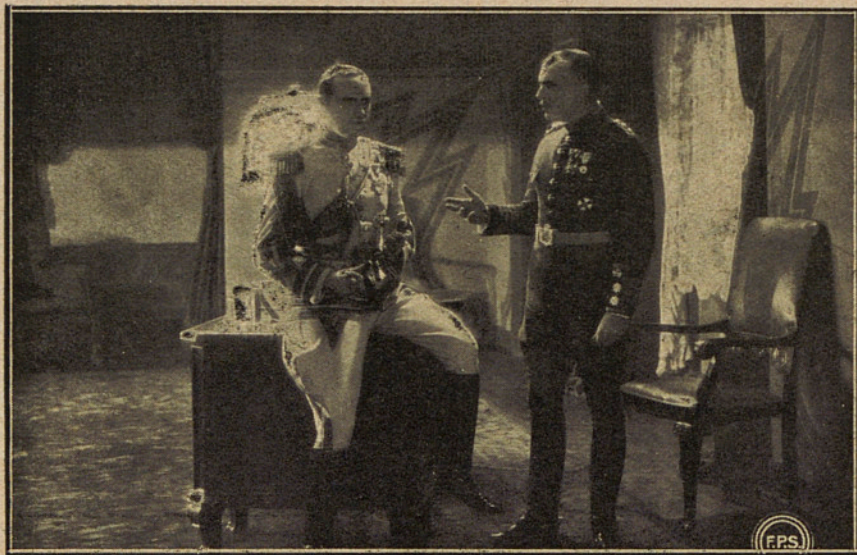
—¿Por qué has venido?...



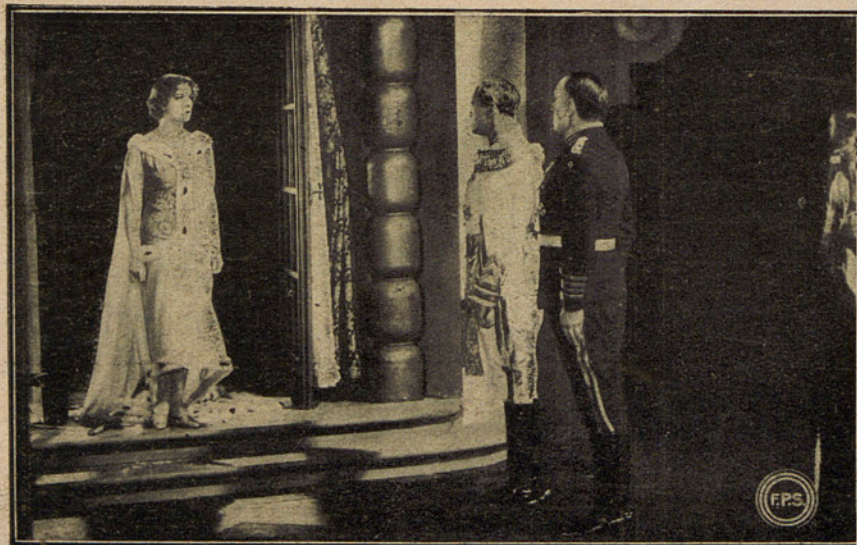
—¡Orquídeas...! ¿Te acuerdas?



—Bebamos por la gran FELICIDAD que nos aguarda esta noche... ¿Te acuerdas?



—Sería conveniente prevenir a Su Majestad.



El general y Keri la miraban admirados...

N O C H E . . N U P C I A L

vado la vida a Vuestra Majestad espera ser recibido...

—¿Ahora?... Esto de que tenga siempre que hacer lo que los demás quieren... Bueno, que entre...

No es que Nadya fuera desagradecida, no. Estaba reconocida a aquel hombre porque evitó que la mataran, pero le hubiera recibido a otra hora... más tarde... al día siguiente...

En aquel momento en que se encontraba a solas con su recuerdo, todo la molestaba.

Ni se volvió siquiera al oír abrir la puerta.

Se acercaban los pasos... Sentía la respiración de aquel hombre, y de pronto la sintió tan junto a sí, tan junto, tocándola casi, que se volvió asustada y pronto a salir un grito de terror de sus labios...

Pero el grito quedó ahogado de pronto, y restregándose los ojos como si ante ella hubiese aparecido un fantasma, exclamó:

—¡Tú!... ¿Eres tú?...

—Sí, Majestad... Soy yo... el hombre que salvó vuestra vida preciosa...

Y aquel hombre era Gustavo de Fleurs, su único amor, su vida, el hombre que iba a casarse con ella en aquella mañana funesta en que vino a buscarla al general Krish para hacerla reina...

—¡Tú!... ¡Tú!...—repetía completamente atontada...

—Sí, mujer, sí; yo, Gustavo de Fleurs...

—¿Por qué has venido?...

Gustavo de Fleurs estaba a su lado, devorándola con sus ojos profundos que tan bien sabían llegar a lo más recóndito de su pecho...

—¡Porque no puedo vivir sin ti!.. ¡Nadya... mi Nadya!...

—¿Pero no ves que esto es una locura?... ¿Que no puede ser?...

—¿Por qué... Nadya?

—Porque todo ha cambiado, Gustavo... Porque ya no me pertenezco... Soy de mi Patria... y no puedo ser tuya...

La infeliz alargaba los brazos y extendía las manos como si quisiera rechazar un fantasma...

Y miraba a todas partes con terror... Si llegara alguien... Si los descubrieran, estaban perdidos... ¿Qué hacer?...

Gustavo veía la lucha de aquel pobre cerebro atormentado, y cogiéndola por las manos le dijo con su voz acariciadora:

—¡Tú me amas aún!... ¡No lo puedes negar!...

—¡No!... ¡No!... ¡Vete... Gustavo, vete!...

Y había lágrimas en sus ojos y trémolos en su voz... Aquellas palabras no era ella quien las pronunciaba, sino el miedo.

—¡Eso que dicen tus labios no lo

siente tu corazón!... ¡Tú eres mía, mía como siempre!... ¡Tu alma me pertenece por entero!...

Y Gustavo fuera de sí, exaltada su pasión por la presencia de la amada, la estrechaba contra él...

Nadya, ya sin fuerzas para negarse, sintiendo resucitar en ella su amor en toda su potencia avasalladora, le dejaba hacer, y al calor de sus brazos cayeron las últimas resistencias:

—¡Oh, sí, Gustavo!... ¡Te amo como antes, como siempre!... ¡Pero tengo miedo, un miedo horrible por tí!... ¡Si te encontraran aquí... si supieran quién eres, pobre de tí!...

—¿Y qué me importa la vida si tú no estás a mi lado, Nadya?

—Me parece un sueño el verte aquí delante de mí...

—Te seguí... Cuando llegué a tu casa y me dijo Zana que te habías ido para siempre, que no volverías, que te llevaban los tuyos para hacerte Reina de este país maldito, sentí que algo se rompía dentro de mi pecho...

—¡Pobrecillo!...

—Sí... pobrecillo... Pero yo no podía dejar de verte... Te quería demasiado, y no a Kraya, al fin del mundo hubiera corrido por volverte a ver, por sentir la caricia de tus ojos brujos...

—¡Gustavol!...

—He intentado borrarte de mi

memoria, pero ha sido imposible... Por eso vine, por eso estoy aquí... Dios ha querido que te salvara la vida y que me dejaran entrar... Fueron ellos los que me llamaron... Ellos lo han querido. Y ahora que estamos solos, Nadya, no me digas que me vaya... Quiero volver a ser dichoso... siquiera una vez...

—¡No puede ser, Gustavo, no puede ser!...—repetía una y otra vez la infeliz Reina que moría de amor...

—¡Tú no puedes negarme el que esté esta noche a tu lado por vez postrera!...

—¿Pero no comprendes que no puede ser? Yo no estoy sola aquí, Gustavo mío. Pueden entrar, descubrirnos...

—Si tú no quieres, nadie se atreverá a llegar hasta aquí...

—Pero... dentro de un rato vendrán... El banquete... las fiestas... ¿Qué voy a hacer?... ¿Crees que mi gusto no sería estar contigo, no para una noche, sino para toda la vida?...

—Pues si es así, puedes hacer lo que te pido...

—¡Gustavo... Gustavo, ten compasión de mí!... ¡No ves que estoy loca!...

—¡Pase lo que pase, yo te juro que no me resignaré a que te cases con otro!... ¡Mientras yo viva, no te casarás!...

Nadya no sabía qué hacer... Aquel hombre la daba miedo... Contrariarle hubiera sido provocar la catástrofe... ¡y además, era tan bueno... la amaba tanto!... Y ella también... también le amaba con toda su alma... En aquel momento había desaparecido de su imaginación no sólo el príncipe Keri, sino hasta todo el reino de Kraya...

—¡Anda Nadya... dí que sí!...—suspiraba Gustavo...

Y la estrechaba en sus brazos y bebía la respuesta en sus labios temblorosos...

¿Qué iba a hacer?...

—Acuérdate, Nadya, mi Nadya, de que la primera noche que debíamos pasar juntos era nuestra noche nupcial... ¿Te acuerdas, Nadya?...

—Sí...—contestó débilmente, ya vencida su voluntad, contagiada de aquella locura divina que era para ella la única felicidad sobre la tierra...

—¡Bendita seas, mi bienamada!... ¡Ya sabía yo que no podías negarme esta felicidad!... ¡Sabía que habías de ser mía antes que de nadie, mi Nadya!... ¡Y ahora soy feliz, completamente feliz, porque moriré adorándote!...

—Pero ahora tenemos que separarnos, Gustavo... Tengo que asistir al banquete con que se celebra la llegada del Príncipe... Es

inevitable... Espérame... ¡Oh, no te entristezcas, mi bien!... Ni un solo instante dejaré de pensar en tí!... ¡Te lo juré!... Zana te esconderá convenientemente y te hará entrar en el momento oportuno...

—Pero...

—No temas que te engañe... no... Bésame y verás como en mis labios hay la misma ternura de siempre para ti...

Y de nuevo se juntaron sus bocas en un beso que Gustavo hubiera deseado que durase lo que sus vidas, para acabar de una vez con aquella pesadilla que le atormentaba desde la mañana fatal...

Se separaron por fin...

Nadya llamó a Zana, la pobre viejecita que sonreía satisfecha al verlos de nuevo reunidos... ¡Ay, quién volviera a aquellos días felices en que su Nadya no era más que su princesita rubia!...

—Zana, vas a esconder a Gustavo y le abrirás la puerta secreta en el momento en que termine la ceremonia, cuando veas que yo vuelvo y que estoy sola...

—Sí, Señora, sí...

—Adiós, Nadya... ¡Hasta luego!...

—¡Adiós, Gustavo! ¡Hasta pronto... y hasta siempre!...

Salió Gustavo guiado por Zana y la pobre Reina tuvo que apoyarse contra la pared.

Se sentía morir y miraba al cielo

como preguntando al que todo lo ve:

—¿Señor... tan difícil es que seamos felices las pobres criaturas de este valle de lágrimas?...

Gustavo allí... ¿Qué intentaba?...

Porque a través de sus frases cálidas, de sus miradas febriles, había adivinado que en su alma buena se agitaba un secreto de signio...

Volvía Zana...

—Ya está, Señora... Nadie descubrirá su escondite... Cuando la Señora quiera...

—Sí, Zana, sí... Vísteme ahora para ese maldito banquete... Mi herida de amor ha vuelto a abrirse, Zana...

Empezó a vestirse... Parecía sonámbula, y por primera vez en su vida no se miró al espejo...

¿Qué la importaba estar hermosa si él había vuelto?...

Y cuando Zana hubo terminado su toaleta, la preguntó muy quedo como si tuviera miedo de oírse a sí misma:

—¿Estás segura, Zana, de que todo esto no es un sueño?...

X

EL TORMENTO DE NO PODER AMAR

Nadya sufría atrozmente en aquellos momentos...

Libre de sus actos en apariencia, puesto que no tenía que obedecer en lo íntimo más que a su propia voluntad, era esclava de los otros, de aquellos que mandaban en ella abiertamente, a la faz del mundo, que la imponían su voluntad...

¡Era Reina!...

¡Ella que sólo quería ser mujer!...

¡No, aquella herida de amor no estaba curada!...

Un momento, aquella misma noche, creyó poder olvidar...

¡Infeliz!... ¡Sueños... quimeras!...

Había bastado que volviese él, tenerlo delante de sí, para que resurgiera aquel amor que se en-

cendió como por magia entre las nieves de los Alpes...

¡El tormento de no poder amar... y amar con toda el alma!...

¡Pensó en rebelarse!... ¡Pobrecilla!...

No la harían caso... La obligarían a la fuerza...

¡Si al menos él estuviese a su lado al estallar la protesta!...

Pero eran muchos contra ellos y sucumbirían en la lucha...

¿Qué iba a suceder?...

¡Gustavo la había jurado que no la dejaría casarse con otro!...

¡Pero si ella tampoco quería!...

¿La mataría?...

Mejor... Así acabaría la vida en

sus brazos... aquella vida que tanto le pesaba...

Morir...

El tormento mayor para ella era vivir...

¡Kraya, Kraya!... ¡Maldita Kraya que sólo la reservó sinsabores desde la cuna!...

De niña la esclavitud del palacio, el respeto profundo a las conveniencias... Hasta los juegos infantiles eran pautados...

No pudo, no, como otras niñas, correr libremente por los montes, oír la música divina de los pájaros, la risa del viento entre las ramas de los árboles, el madrigal del arroyuelo jubiloso...

Un aya, dos ayas... señoronas muy serias, de mucho empaque...

Y la eterna cantinela:

—Alteza... eso no puede hacerse...

—Alteza, seriedad...

—Alteza, que pueden veros... Eso no está bien...

—¡Qué fastidio!...

Y las interminables fiestas palaciegas, en que ellas, las pobres princesitas, parecían muñecas de trapo en un escaparate suntuoso... siempre rígidas, serias, muy tiesas, muy encorsetadas...

Ni una carcajada al ver a aquel gran señor barrigudo que, cargado de bandas y condecoraciones, paseaba su casaca flordelisada, co-

miéndose con los ojos pícaros y lujuriosos a las damas de honor...

No poderle quitar la peluca a aquel vejete ramplón, para dejar al descubierto la fe de bautismo de su bola de queso...

¡Qué fastidio!...

¡Las fiestas de palacio!... ¡Malditas fiestas, maldita etiqueta y maldito palacio!...

Luego, fué peor...

Mayorcita, cuando empezaba a ser mujer, ya no podía reirse... ni a solas...

—Alteza, que sois ya una mujer...

—Alteza, seriedad...

Siempre la seriedad como un sambenito eterno...

¡La risa debía ser republicana, cuando tanto la odiaban en la corte!

Y llegó el suplicio mayor...

Su boda con el príncipe Alex...

¿A qué recordar aquel calvario?...

Murió... ¡Bien muerto estaba!...

¿Qué delito era el suyo para que así la zahiriera el destino con sus burlas crueles?...

Y como tantas otras veces, aquella noche fué también el colorete de sus mejillas el raudal inagotable de su llanto.

.

Se enjugó como pudo las lágrimas que empañaban su rostro y se

dispuso a hacer frente a aquella nueva batalla en que iba otra vez a ponerse a prueba el temple de su alma...

—Adiós, Zana... Tú sola comprendes mi dolor... Tú y él... Los

únicos a quienes en este mundo les está prohibido aconsejarme...

Y salió de sus habitaciones con el andar monótono de los fantasmas, de los aparecidos, de los que andan sin ver y sin sentir...

XI

LA FIERA EN SU CUBIL

El tiro perdido en aquella mañana tumultuosa en que llegara a la corte de Kraya el príncipe Keri había sido la mecha que hiciera estallar la mina de la rebelión.

Los dirigentes de la masa revolucionaria estaban furiosos...

Si hubieran podido coger entre sus manos a aquel maldito extranjero que desvió lo que ellos llamaban el brazo de la justicia... ¡mal lo hubiera pasado el pobre Gustavo de Fleurs!...

Verdaderamente, no les faltaba razón...

Kraya era el país más reaccionario—aparentemente—de su época.

La dinastía reinante no les había dado en un largo período de tiempo más que Reyes imbéciles y malvados.

A esta última clasificación pertenecía el difunto Rey Oscar.

Su crueldad refinada había llegado a excitar los ánimos contra él e hizo germinar en el palacio la

semilla del odio a los tiranos...

Aquel pueblo esencialmente monárquico y más que todo esencialmente sufrido, llegó a comprender que el yugo era demasiado pesado y empezaron las revueltas y las algaradas.

Aquel partido de oposición, en el que no creía el general Krish, había ido engrosando a fuerza de insultos y de menosprecios y de represalias sangrientas, única manera que de atender la justicia tenían aquellas gentes soberbias y rutinarias...

Y en vez de aminorar la protesta, crearon héroes, mártires populares, cuyo ejemplo no tardaría en ser imitado por los nuevos catecúmenos de la República, cuyo partido iba contando cada día con nuevos prosélitos, con nuevas legiones de entusiastas prontos a dar su vida por ella...

El egoísmo y la desaprensión de los de arriba han sido causa de que se derrumbaran tronos que se creían incommovibles...

Y ahora, para colmar la medida de los desaciertos, el trono de Oscar el Terrible había pasado a manos de una mujer...

Una mujer que, se sabía en toda Kraya, habían ido a buscarla a un cabaret de Montmartre, a un turgurio parisiense... (Así al menos lo decían los apóstoles de la nueva doctrina...)

—¡No podemos consentir que nos gobierne una descocada!—gritaban los energúmenos.

Y su voz hallaba eco en aquellos corazones sencillos, que sabían de protestas sinceras, pero desconocían las argucias de los logreros, larva pegajosa de todas las escuelas, de todos los partidos, de todas las idealidades, que también saben de la labor obscura de la polilla...

Durante todo el día los grupos rebeldes habían rondado por los alrededores del Palacio Real, buscando la ocasión propicia de repetir el atentado de la mañana...

Querían acabar con aquella raza de tiranos, fuese como fuese...

Raza de tiranos...

Sea...

Pero, ¿qué culpa de ello tenía la pobre Nadya?

¿No era ella la primera víctima de tan odiosa tiranía?

¿No la arrancaron violentamente de los brazos del amor para sepultarla en las tinieblas de aquella

existencia que ellos decían fastuosa?

¡Ah!... No lo sabían los demagogos... De haberlo sabido, quizá hubiera encontrado en ellos auxiliares...

Porque ¿qué querían aquellas gentes?

¿Que no reinase?...

¡Pero si ella no deseaba otra cosa!...

El partido—que no existía según frase de los palaciegos de Kraya—estaba perfectamente organizado.

Sus comités se reunían periódicamente y además contaban con un número considerable de iluminados... de gentes prontas a hacer el sacrificio de su vida por la causa.

Aquella noche, mientras en Palacio se celebraba el banquete de gala en honor del príncipe Keri, los revolucionarios se habían reunido en Asamblea extraordinaria, no muy lejos de Palacio y tramaban para aquella misma noche un acto que debía ser el preludio del derrumbamiento de la dinastía reinante de Kraya.

Había oradores fogosos que creían que no se debía esperar un minuto y que se imponía el asalto al Palacio y la degollina de todos sus moradores...

Otros aconsejaban templanza...

Estos fueron motejados de traidores...

Y triunfó como siempre el elemento irascible, el criterio de los hombres de acción, el de los partidarios de la violencia...

Los discursos eran frecuentemente interrumpidos por los gritos de muerte de los exaltados...

—¡Acabemos con la tiranía!...

—¡Mueran los tiranos!...

—¡Muera la Reinal!...

—¡Muera esa aventurera!...

No uno, mil estaban dispuestos a ser ejecutores del golpe...

La fiera rugía en su cubil, y sólo esperaba que le abrieran los barrotes de la jaula para lanzarse al exterior hambrienta de carnicería...

Pero no era llegada la hora...

Había que esperar...

Y los más sensatos, sin oponerse abiertamente al espíritu vengativo de la masa, dejaron oír su voz y sus consejos fueron escuchados con calma.

—Hay que esperar a la media noche... Cualquier golpe intentado ahora, haría fracasar nuestros intentos...

—No haríamos más que llevar los hombres al matadero...

—El Palacio, a la fuerza, es una fortaleza invulnerable...

—Nos diezmarían sin resultado alguno...

—Sí, con el resultado de las represalias, que caerían sobre nosotros como una lluvia de fuego...

Y habló el ímpetu:

—¡Seal!... Esperaremos a la media noche... pero ni un minuto más.. No podemos esperar que nos impongan la injuria de ese matrimonio vergonzoso... No nos bastaba ser mandados por una cocota parisiense, sino que ahora quieren que nos acardenale el cuerpo a latigazos un intruso... Cuando dé la última campanada de las doce en la catedral, saldremos a la calle y caeremos sobre el Palacio como un solo hombre...

«A esa hora no habrá sobre las armas más que los centinelas ordinarios...

«Caer sobre ellos y hacernos dueños de las puertas será cuestión de unos instantes... Luego una vez dentro ya sabéis lo que hay que hacer... Que no haya cuartel... No ha de quedar ni uno de esos tigres feroces... El primero que caerá al filo de nuestros puñales será ese maldito general Krish... ¡El la trajo de Francia!... ¡El fué el que nos la trajo para tormento nuestro... como si no le bastase lo que había hecho con el pueblo el salvaje de Oscar!...

«—¡Mueral!»

Y este grito lo repitieron millares de voces...

No se escogería un asesino, cuya mano podía temblar en el momento decisivo, o cuyo brazo podía ser

desviado fácilmente por el azar, como ocurriera aquella mañana, en el momento en que todo iba a acabar...

Y seguía rugiendo la fiera...

Pasaron las horas...

La fiera seguía aguzando sus garras en la sombra...

¡Pobre Nadya!...

¡Y era aquella noche de efervescencia, de odio popular, la que ella había elegido para su bendita noche de amor!...

¡Ella, no: el destino!...

El destino burlón y salvaje, que se complacía en atormentar su pobre vida, como queriendo vengar en la infeliz princesita rubia de alma de niña, todas las crueldades de sus antepasados, de las que ella había sido la primera víctima...

¡Pobre Gustavo!...

Pasóse la vida forjando historias de amor para entretener los ocios de las almas y cuando la suya iba a vivir su cuento exquisito, el mismo destino grosero se entretenía en variar el desenlace de aquella aventura única...

... ..

Las doce...

Media noche...

Dormía la capital, dormía Kraya confiada, descansando del ajetreo

del día, de aquel día que para tantos fuera de emociones...

La noche era oscura como boca de lobo... Hasta las estrellas se habían hecho cómplices de lo que iba a suceder...

Una... dos... tres...

Lentas, acompasadas, iban dando las horas en el vetusto reloj de la no menos vetusta catedral, de cuyas naves anchurosas habían salido en el transcurso de los años tantas testas coronadas...

Tantas como aquella que hoy querían segar manos que se decían justicieras, y que iban quizá a cometer el más nefasto de los crímenes... ¡La muerte alevosa de la Inocencia coronada!

...cuatro... cinco... seis...

Seguían contando los conjurados impacientes, acariciando con sus manos crispadas el arma homicida, convertida ahora en instrumento revindicador...

Y siguió cantando el reloj y los segundos parecían interminables a aquellas fieras sedientas de venganza...

... diez... once... doce...

Como lobos hambrientos se lanzaron a la calle aquellos hombres, y sus sombras se alargaban, se ensanchaban entre los sombríos paredones de las calles dormidas...

XII

BANQUETE DE GALA...

El Palacio Real de Kraya era un ascua de oro...

Por sus salones cruzaban uniformes galoneados, cascos relucientes, bruñidas corazas que brillaban bajo las luces con reflejos cegadores...

Las casacas de terciopelos vistosos, de encajes soberbios, de galoneadas bocamangas, en las que a fuerza de oro se quería comprar la nobleza, la dignidad, la sabiduría...

Desafiaban al pudor los pechos desnudos y las espaldas de alabastro con que las damas hacían gala de la desnudez de su inteligencia...

Estaba allí toda la Corte... La Corte fastuosa, que se gozaba en humillar a los humildes, en zaherir su pobreza, en desafiar su envidia y su odio, como si los de abajo no

tuvieran más ley divina y humana que soportar la soberbia y la estulticia de los de arriba...

Igual les daba a aquellas gentes que se casara la Princesa o que permaneciera viuda...

Pero había fiesta en Palacio, podían lucir su poder o su belleza...

¿Qué más querían?...

Cada protesta del pueblo era un justificante a la tiranía... Tras la derrota, vendría la represalia, y subirían las gabelas y los tributos, y las prebendas aumentarían de valor, y las arcas exhaustas, por la dilapidación y el fausto inmoderado, volverían a llenarse...

¡Como si aquello no hubiese de tener fin!...

Como si olvidasen que también el buen Dios tuvo que arrojar un

N O C H E N U P C I A L

día a latigazos a los mercaderes del templo.

Así era Kraya, la nación soberbia por excelencia...

Y seguían llegando invitados...

Millares de arañas dejaban caer torrentes de luz sobre los tapices soberbios, sobre los Gobelinos preciados, sobre las alfombras mullidas y los muros pintados al fresco por los mejores artífices de la época...

En el gran comedor de palacio, frente a la mesa interminable en que lucían los frutos más variados, los manjares más exquisitos, formaban en dos filas los lacayos con sus áureas libreas de gala y sus camisas inmaculadas...

El rostro rasurado, la mirada impenetrable, con la seriedad estereotipada en los rostros enjutos, se curvaban en genuflexiones estudiadas a la aparición de cada nuevo comensal...

Rasgó los aires una marcha triunfal y aparecieron por la ancha puerta de honor, entre la doble fila de alabardas, los dos Príncipes... La Reina Nadya y su futuro esposo el príncipe Keri...

Tras las reverencias de rigor, cada cual ocupó su sitio y empezó el banquete de desposorios... Las fiançailles oficiales, como dirían en la corte del Rey Sol...

Nadya estaba espantosamente pálida... lívida...

No se sabía qué era más blanco, si el raso de su corpiño o la piel de raso de sus mejillas...

En aquel momento no estaba allí...

Sus ojos miraban sin ver y sus labios resecos se abrían de vez en vez para pedir aire... no para respirar libremente...

El único que daba señales de vida, y de una vida tumultuosa, febril, era su corazón agitado...

Pensaba en Gustavo, que estaría allí, esperándola, para su verdadera noche nupcial... para las bodas de su alma de mujer, que era infinitamente más codiciable que su raquítica alma de Princesa reinante...

¡Gustavo de Fleurs!...

¡Aquel era el príncipe de sus sueños!...

Y ahora que veía al otro junto a sí, comprendía su error de momentos antes.

No había, no, comparación entre ambos...

Verdad que Keri era esbelto, arrogante, guapo...

Sí... pero no era aquél... no podía compararse a aquél... El otro valía infinitamente más...

Y sin embargo, lamentaba tener que engañar a éste como lo estaba haciendo...

Más de una vez tuvo que hacer esfuerzos sobrehumanos para contenerse, para no proclamar en voz alta su indignación por aquella farsa, que contra su gusto y su voluntad la obligaban a representar...

A haber podido, hubiera gritado en voz alta la verdad:

—¡Yo quiero al otro!... ¡Quiero a mi Gustavo, que es el hombre más bueno y más cariñoso de la tierra!... ¡Me habéis engañado trayéndome aquí!... ¡Yo no quiero ser Reina... más que de un corazón!... Aborrezco vuestro servilismo y detesto vuestra hipocresía!... Yo soy sólo mujer y como tal tengo el corazón... que es de Gustavo, de mi Gustavo querido... Quedaos con la pompa y con el fausto, con los cargos y las prebendas... Para vosotros el oropel de esta Corte fastidiosa. Yo quiero ser libre.... Me avergüenzo de estar entre vosotros porque no tenéis corazón, no tenéis más que egoísmos y apetitos y concupiscencias!... ¡Me voy, me voy lejos de aquí... con el otro... con mi amor... con mi vida!... ¡No seré poderosa, pero seré feliz!...

Hubiera dicho más, y al arrebolarse sus mejillas tras aquel descargo de su conciencia, hubiera sentido que volvía a ella la paz, que su corazón latía normalmente, sin bridas ni frenos...

Pero calló... y siguió el suplicio...

El Príncipe la miraba asombrado... Aquella no era la Nadya que conociera aquella mañana...

Y él que había creído...

¿Sería aquel tan sólo un matrimonio protocolario?...

¿Tendría él también que pensar en su cuento de amor interrumpido?

¡Qué pesadez!... Nadya creyó que aquello no iba a acabarse nunca... Platos y más platos... Contestar a todas las preguntas, reír todas las sandeces, agradecer todas las sonrisas, responder a todos los saludos.

Y luego los brindis ampulosos... Frases dictadas por la bajeza y la avaricia...

La caza de la Cruz, de la Encomienda, del Cargo retribuido...

¡Farsa! ¡Farsa! ¡Farsa!...

¡Por fin se acabó!... Y como al principio, como a la entrada, la organización de la comitiva, la marcha lenta a través de pasillos y antecámaras...

¡Ella que hubiera corrido como una loca para llegar antes al amado!...

Llegaron a sus habitaciones.

El Príncipe parecía esperar algo. ¿Quería reanudar el palique de aquella mañana?

¡Qué fastidio!...

¡Gustavo estaría desesperado!...

De buena gana le hubiese dicho a aquel importuno:

—¡Vete... vete! ¡Me esperan!... ¡Quiero estar sola!...

Pero como antes en la mesa del sacrificio gastronómico, tuvo que contenerse mal de su grado... y fingir.... fingir siempre: la eterna comedia de su vida miserable... ¡Penoso oficio el de Rey!... ¡Siempre mintiendo... mintiendo... hasta a sí mismo, hasta a sus pensamientos más íntimos!...

Por fin halló una fórmula, y volviéndose a los que la seguían exclamó penosamente:

—Estoy fatigada... Estas emociones me fatigan mucho...

—Concededme aún unos minutos, Majestad...—murmuró a su oído el Príncipe.

—Mañana... Príncipe... Esta noche me sería imposible oírlos... Estoy completamente aturdida... El día de hoy ha sido de verdadera prueba para mí... Necesito descansar...

—Como queráis, Nadya... pero no toméis por inconveniencia si os digo que sois demasiado bella, demasiado sugestiva, para que nuestro matrimonio sea solamente una razón de Estado...

¡Su matrimonio!... Nadya se estremeció violentamente y tuvo que hacer un poderoso esfuerzo para dominarse...

Por fin deletreó con trabajo:

—Gracias... También yo quiero

deciros algo, Príncipe... ¿Os sentís inclinado a perdonarme una cosa que, a primera vista, parece imperdonable?

—Desde luego, sí...

—Pues mañana hablaremos de ello... Ahora retiraos... Os lo ruego...

—A vuestros pies, Majestad...

—Hasta mañana, Príncipe...

¡Sola!... ¡Por fin sola!...

—Zana... Zana... ¡Cierra la puerta... y ve a buscarle!... Ya sabes... allí... ¡en mi alcoba!...

—Sí, señorita...—se le escapó a la anciana.

Creía que habían vuelto los dichosos días de París...

—¿Preparaste la mesa?...

—Sí...

—Pues hazle entrar... Voy a vestirme en unos segundos...

Salió Zana, la fiel Zana, la insubstituible Zana, que iba a hacer posible aquella noche de amor, y Nadya se encerró en su *boudoir*...

Quería aparecer ante él como en otro tiempo...

Ser la Nadya de Maxim's... La reinicita de la corona de hoja de lata...

Y se vistió el mismo traje granate de la noche venturosa en que vieron jugar el sol con el alba sobre las azoteas de la Ciudad de la Luz...

Se vestía con mimo, poniendo un cuidado especial en cada detalle...

¡Ahora sí quería estar hermosa!...
¡Se engalanaba para su Rey y Señor!...

Había desaparecido la palidez de sus mejillas y sus ojos volvían a

brillar como en los tiempos felices...
Por unas horas sería mujer nada más...

¿Y después de aquello?...
¡Bah! Lo que él quisiese...

XIII

NOCHE DE AMOR

—¡Nadya!... ¡Mi amor... mi vida!...
La estrujaba en sus brazos, la hacía daño... Sus manos eran como garfios que cogieran la presa codiciada para no soltarla jamás...

Parecía tener miedo de que se escapara...

Y su boca sedienta—como la otra vez, como aquella mañana—recorría sus brazos centímetro a centímetro, como si quisiera devorar toda aquella carne bendita...

El también vestía como en París. Con su chambergo de bordes amplios y su capa flotante como el manto de un dios...

Cuando Gustavo de Fleurs la volvió a ver ante sí, como en aquella madrugada inolvidable, sintió que su alma se ensanchaba...

Por unos instantes la alucinación ejerció su imperio sobre sus senti-

dos, y creyó que el pasado, el pasado de aquellos días terribles, había sido no más una atormentadora pesadilla...

¡Aquella volvía a ser su Nadya perdida... su reinécita del alma!...

—¡Nadya!... ¡Mi Nadya!... ¡Mi amor, mi vida!...

Repetía una y otra vez, como un suspiro, como una plegaria, como una letanía mística...

—¿Tanto me amas, Gustavol...

—¡Más!...

—¿Más?

—Sí...

—No te entiendo...

—Yo no se cuánto creerás tú que te quiero... pero por grande que supongas mi cariño, yo te quiero más, infinitamente más... Mi amor está por encima de lo que tú puedas suponer...

—¡Gustavo! ¡Conque me quieres tanto!

—Lo suficiente para dar la vida por ti... para morir por ti...

—¡Morir!... ¿Quién piensa en morir?

Y un escalofrío violento recorrió su espalda y la llegó hasta la medula...

—Yo... Nadya... ¿Crees que podré resistir el tormento de no saberme mía nunca más, de que seas de otro?

—Pero si es que...

—No me engañes, ni te engañes, Nadya... Esta noche será nuestra primera y nuestra última noche de amor...

—No hablemos de eso, Gustavo. Aun quedan bastantes horas para que pensemos en separarnos... Háblame, háblame... Quiero oír otra vez la música de tu voz... Hace tanto tiempo que no la oigo...

—Por tu culpa...

—No, Gustavo... sé justo... Por culpa de los otros... Si tú pudieras comprenderme...

—Bien; no hablemos de eso, como tú dices... No perdamos de amor ni un solo segundo... Después nos arrepentiríamos...

—Ven, Gustavo... siéntate... aquí a mi lado... como entonces. ¿Te acuerdas, Gustavo mío?

Le llevó hasta la mesa. Estaba servida y se veía sobre ella la bote-

lla del líquido brujo, el de las burujas doradas que hacen cosquillas en el alma y saben del secreto de la risa de amor y de locura...

En un búcaro había unas flores.

—Orquídeas...—dijo Gustavo—. ¿Te acuerdas?...

—Sí... Fué aquella noche en que me creí la mujer más feliz de la tierra...

—Y yo también soñaba entonces...

—Pero ya estamos otra vez juntos...

—Sí... Vamos a figurarnos por un momento que no ha pasado nada, que es esta nuestra verdadera noche nupcial...

—Sí... pero para mí será una noche que no tendrá su sucesiva en mañana...

—¿Quién sabe?... Olvidemos... y no pensemos más que en hoy...

Gustavo la cogió en sus brazos como aquella otra noche y fué repitiendo sus caricias y sus mimos...

Como entonces, besó sus brazos de nieve, su cuello de nácar, su boca de fuego, sus dedos de lirio...

—Te doy este beso en homenaje a tu hermosura...

—...este por la bondad de tu razón...

—... este otro por el fuego de tu alma...

—y este en prenda de la próxima unión definitiva de nuestras almas.

Y besaba las yemitas de los dedos menudos con verdadera unción, con un mimo extraordinario.

Nadya iba olvidándose poco a poco del lugar y de las circunstancias en que se hallaban, para no pensar más que en su amor, para embriagarse con la música divina de los besos...

—«Y aun guardo uno extraordinario e inédito para el día en que me pertenezcas completamente»... Te dije esto y te lo repito hoy, porque ese día ha llegado ya, Nadya querida...

Y se juntaron sus bocas y en aquel beso infinito se fundieron sus almas y olvidaron por unos instantes que la fortuna es loca y que su rueda sigue girando impasible en el espacio, sin detenerse jamás aunque sollocean las almas y la llamen a gritos los corazones...

Y como en aquella noche que rememoraban sus gestos, Gustavo de Fleurs se levantó, cogió la botella del champaña, escanció dos copas y dando una a su amada dijo con su voz melodiosa, brillantes los ojos de amor y de deseo:

—¡Bebamos por la gran FELICIDAD que nos espera esta noche! ¿Te acuerdas?

¡Sí, se acordaba!...

Aun le parecía estar viendo el fantasma de París dormido, irse

desperezando poco a poco bajo la caricia del sol...

Allá a lo lejos, desde el balcón abierto, veían la torre Eiffel como un dedo gigante rasgando las nubes para dejar entrar a la luz...

Y creyó verse otra vez acodada en la barandilla del balcón al lado de su amado, cuando aun tenía el derecho de ser mujer, mirando juntos a aquel sol tan *estúpido* que se ruborizaba de su dicha...

Se recordó con su corona de hoja de lata y su cetro de cascabeles, volver de Maxim's alegremente, con la cabeza llena de sueños, borracha de champaña y de besos...

¡Qué poco tiempo hacía y qué lejos estaba el día aquel!...

Pero también ahora Gustavo estaba a su lado, y como entonces enlazados los talles, juntos, muy juntos, con las copas en alto, bebían, bebían a sorbitos, entre beso y beso, para que fuera infinita la caricia, para que durase la continuación de aquella hora de amor...

Vaciaron las copas... y también como entonces las estrellaron contra el suelo...

Pero no con la locura de antes... Las dejaron caer con tristeza, casi con rabia...

Aquellas copas vacías eran el reflejo de sus almas, que también estaban próximas a quebrarse cuando extrajeran de ellas en aque-

lla noche postrera todo el amor que guardaban sus paredes de cristal...

El amargor del recuerdo duró un momento...

Ambos tenían sed de felicidad...

Y otra vez empezó la música divina y sonora de las palabras cariciosas y los besos ardientes...

—¡Te quiero, Nadya y quiero estar repitiéndotelo hasta que me separe de tíl...

—¡Te quiero, Gustavo y te quiero más que tú, porque yo te querré eternamente, sin fijar un plazo a mi cariño!...

—Ven a mis brazos, mujer, que no eres Reina, porque nunca podrás dejar de ser eso: MUJER...

—¡Ojalá no pudiera ser nunca más que eso... y no me hubiesen obligado jamás a ser otra cosa!...

—¡Ven, que te esperó y tengo ganas de sentirte junto a mí!...

—¡Tuya soy, Gustavo y te juro que nunca he soñado en ser más que tuya!...

Y fué, porque tenía que ser, porque así lo dispuso el destino, para que la separación fuera más dolorosa...

No le bastaba el haber dejado en sus corazones la herida sangrante...

Quería que estuviese en sus cuerpos encendida perennemente la sed de poseerse...

¡Cuán distinta aquella noche nupcial de la que ellos soñaran en aquella mañanita brumosa de París!...

Tras esta noche vendría la separación definitiva... la muerte para el uno, el tormento de una vida sin esperanza para el otro...

XIV

LO QUE ESTABA ESCRITO

Había llegado por fin aquella noche nupcial, tan esperada por Gustavo de Fleurs; noche nupcial en la que puso todas sus ilusiones porque debía ser el punto de partida de una felicidad que él creyera eterna...

Qué diferente su situación a la que él imaginara cuando saliera aquella mañana, en París, de la casa de Nadya para dirigirse a la Alcaldía...

Bien dice el adagio: «el hombre propone y Dios dispone.» El pensó en su dicha y el destino se encargó de desbaratar todos sus planes...

Los castillitos de naipes... Las torres de sus ilusiones...

El soplo de la vida es traidor y deshace todas esas edificaciones del pensamiento...

Costó una muerte su dicha... Hubo de caer el Rey Oscar, para

que fuera entreteniéndose al otro lado de la vida en labrar la muerte de otro ser y la ruina de dos corazones...

El no era fatalista, porque aun sentía el pujante optimismo de la juventud, pero los hechos le obligaban a serlo...

Y al entrar en palacio aquel día sabía que allí dentro le esperaba el fin de su aventura de amor, el fin de la ilusión más grande de su vida.

Verdad es que también gozó la otra ilusión que alimentara su pecho: volver a estrechar entre sus brazos a su Nadya querida...

Por eso ponía toda el alma en sus caricias, porque sabía que eran las últimas y toda la sangre de sus venas iba destilándola gota a gota en aquellos besos avaros, que decían todo su amor mejor que la más dulce de las palabras...

Noche nupcial...

Lo era, sí, porque en ella se celebraba por primera vez la bendita comunión de sus almas, de sus cuerpos...

Y en aquellos momentos de delirio, Nadya y Gustavo se olvidaron de todo, hasta de que vivían...

.....

Entretanto, graves sucesos se desarrollaban en los alrededores del Palacio en las calles adyacentes...

Las turbas habían invadido cuantas callejuelas rodeaban los dominios reales, impidiendo el paso a los individuos de la guardia que, obedeciendo las órdenes de sus jefes, trataban de ir a reclamar el auxilio de las tropas leales...

Los revolucionarios, en los primeros momentos intentaron sorprender a la guardia exterior y aun algunos de los centinelas pagaron con su vida su adhesión al trono...

Pero la avalancha humana se acercaba amenazadora y el número de los rebeldes aumentaba por momentos...

Lo que empezó por una sencilla

revuelta iba tomando todos los caracteres de una verdadera revolución.

Algunos regimientos, que avisados de lo que ocurría se habían apresurado a correr en socorro de la familia real, fueron unos rechazados por los insurgentes y otros hicieron causa común con ellos...

Empezaron a oírse disparos sueltos en un principio y luego las descargas turbaron el silencio de Kraya dormida...

Las gentes, asustadas, se echaron a la calle y en cada una se trabó una verdadera batalla entre los partidarios de uno y otro bando.

Desde palacio se daban órdenes a todo el reino, pues aun aquellos mismos que tan escépticos se mostraban el día anterior en el Consejo de Ministros, empezaban a ver que la situación no era tan halagüeña como ellos imaginaran...

La revolución, de no ser sofocada prontamente, amenazaba extenderse a todo el reino.

El país estaba cansado de tantos atropellos, de tantos vejámenes y humillaciones como pasara durante el reinado del difunto Rey Oscar...

La subida al trono de una mujer había exacerbado los ánimos...

Todo el palacio estaba en movimiento y los generales multiplicaban las órdenes...

Era preciso resistir a todo trance,

por lo menos hasta que tuvieran tiempo de acudir en socorro de la capital las fuerzas leales de los cantones...

Frente a Palacio se habían levantado barricadas, y las balas de los rebeldes empezaban a estrellarse contra los muros del vetusto edificio...

Se intentó parlamentar con los cabecillas insurgentes, pero las conversaciones no dieron más resultado que aumentar la ira de los atacantes...

Los monárquicos, a sus demandas, que creyeron exageradas, contestaron con insultos.

Los revolucionarios pedían que se les entregara la persona de la Reina y la de todos los ministros, empezando por el maldito general Krish...

Aquellas condiciones eran inadmisibles...

—¡Muera la Reina!

—¡Muera la monarquía!

Y los gritos desaforados de aquellas fieras ahogaron toda esperanza de pacto...

Era necesario luchar hasta el fin.

Pasaba el tiempo y la situación no mejoraba...

Krish, acompañado del príncipe Keri y rodeado de todos los jefes palatinos, se multiplicaba, corría de un lado a otro dando órdenes, ins-

peccionando por sí mismo su cumplimiento...

Todo en vano...

La caída del Palacio era inminente...

Cuando se convencieron de que sus esfuerzos eran inútiles, una sola preocupación se apoderó de todos aquellos hombres que con sus desaciertos habían provocado la ira del pueblo.

¡La Reina!

Krish sobre todo, sentía la enorme responsabilidad que pesaba sobre él.

De cuanto pudiera sucederle a Nadya, él solo era el culpable...

El, que a la muerte de Oscar insistió por que se la proclamase Reina y se ofreció a ir a buscarla a París, de donde la sacó violentamente, truncando de un golpe su felicidad...

¿Qué la diría ahora?

Se vería obligado a bajar la cabeza cuando ella le recriminase por haberla engañado de aquella manera...

Bien hacía la infeliz en odiar a Kraya...

Kraya también la odiaba a ella...

—El motín se agrava por momentos, señor...

Era el oficial de la guardia quien traía aquellas noticias tan desconsoladoras.

—Bien lo veo...—murmuró Krish.

—¿Y qué hacemos?—interrogó angustiado el príncipe Keri...

—No sé... Yo creo...

—¿Y la Reina?

—En ella estaba pensando...

—Sería conveniente prevenir a Su Majestad...

Afuera seguía el tumulto y hasta ellos llegaba el eco de las imprecaciones y de los gritos de amenaza...

—¡Muera la Reina!

—¡Muera!

—¡Muera!

—¡Fuego... fuego al Palacio!... La amenaza hizo su efecto.

Redobló el fuego de las fuerzas defensoras y los rebeldes fueron rechazados una vez más.

Su intento de aproximarse a los muros de Palacio para rociar de petróleo puertas y ventanas fracasó por entonces.

Krish no esperó más y dió orden de despertar a la Reina, si es que no lo estaba ya, y enterarla de la gravedad de la situación...

Allí no podían continuar un minuto más, y era necesario salir de aquel infierno fuera como fuera.

Irían a reunirse con las fuerzas leales, para caer luego sobre la capital y aplicar un castigo ejemplar a aquellos ilusos.

.....

¿Qué hacían entretanto Nadya y Gustavo?

Estaba de Dios que no habían de gozar en paz de su felicidad, aun cuando ésta fuera sólo transitoria...

También a ellos les había sorprendido aquel ataque desesperado de los revolucionarios...

—¿Qué pasa, Gustavo?

—No sé, Nadya... Voy a ver.

—No, no salgas...

Gustavo, en el primer momento quiso salir de la habitación... enterarse...

A los ruegos desesperados de Nadya se contuvo y corrió a la ventana. Nadya le siguió.

A fuera aullaba la fiera...

—¡Muera la Reina!

—¡Muera!

—¡Muera!

Nadya se estremeció.

Era a ella a quien buscaban...

—Vienen por mí...—dijo temblando.

—¡Pero no te tendrán!—rugió Gustavo poniéndose ante ella como si ya el peligro estuviese frente a ellos con los brazos en alto, próximo a descargar el golpe...

—¡Muera la Reina!

—Abajo la aventurera!

—¡Muera Krish!

—¡Y para esto me trajo ese hombre de París!...—murmuró Nadya amargamente.

—¡Y para esto truncaron nuestras vidas, Nadya!

Era la queja de dos almas destruidas por los caprichos de un ambicioso sin conciencia...

¿Qué necesidad tenía Nadya de deshacer su vida para ir a meterse en aquel avispero, entre aquellas gentes que—ahora lo veía bien claro!—tanto la odiaban?

¿Y para esto la obligaron a separarse de Gustavo y a poner entre ellos la barrera infranqueable de un trono?

—¿Qué hacemos, Nadya?

—¡No se, Gustavo! Creo que lo mejor es esperar... Las tropas acabarán por dominar a los rebeldes...

—¿Y si no sucede así?

—¡Moriremos juntos, amor mío!

Y aquellos dos seres para quienes la vida tenía reservadas tantas amarguras, se abrazaron estrechamente uno contra otro...

—¡Señora... Señora!

—¡Majestad!

—¡Pronto!... ¡Salga!

Llamaban a la puerta...

Llamaban recio, con prisa...

—¿Qué hacemos?—volvió a repetir Gustavo de Fleurs...

—Espera, voy a salir...

—No...

—No queda otro remedio, Gustavo... Entrarían y sería peor... Espera... Voy a ver qué quieren y volveré en seguida...

—No salgas Nadya, no salgas...

¡Tengo miedo!... ¿Si te ocurriera algo sin estar yo a tu lado?

—No temas, Gustavo... Volveré.

Nadya abrió la puerta resuelta y salió a la antecámara...

En ella la esperaban Krish y el príncipe Keri...

El general la dijo atropelladamente:

—¡Señora, la población se ha amotinado y nuestra situación no puede ser más crítica!... Lo que en un principio creímos un ligero motín, se ha convertido en una revolución espantosa... Las vidas de todos están en peligro... ¡Señora, es necesario partir en seguida!...

—Pues márchense ustedes... ¿A qué esperan?

—¿Y Vos, señora?

—¡Yo no quiero huir!...

—¡No hay otro remedio!... ¡Nos matarían!...

—¡Si hay que morir, moriré! ¡Pero huir, nunca!...

—¡Nadya!...—empezó a decir el príncipe Keri.

Pero Nadya no le oía ya...

Decidida se acercó al balcón y abriéndolo de par en par se inclinó hacia fuera...

Su blanca silueta de cara a la muerte parecía un espectro...

Las turbas callaron aterradas y miles de ojos se clavaron en aquella aparición fantástica.

Aun gritaron algunos:

—¡Muera la Reina!

—¡Muera!

—¡Muera!...

Entonces Nadya, dominando el tumulto, abriendo los brazos en un gesto sublime de renunciamento a la vida, les gritó:

—¡Aquí me tenéis!... ¿Qué queréis? ¿Mi vida? ¡Pues tirad y acabemos de una vez!..

Estaba divinamente hermosa en aquellos momentos.

Había algo tan sublime en aquella actitud de reto, que las turbas empezaron a retroceder, a despejar la plaza...

Estaban como aterrorizadas... Aquel valor de mujer heroica, había hecho en un momento el milagro que no lograran los cañones de mil fusiles, el aliento de una guarnición que defendiera su trono y sus vidas...

Nadya abandonó el balcón...

El general y Keri la contemplaban admirados...

Mientras estuvo en el balcón, de sus bocas sólo brotaron estas palabras:

—¡Qué locura!...

—¡Qué insensatez!...

Pero aquella locura, aquella insensatez, les había salvado a todos.

Nadya miró hacia la alcoba donde esperaba su amado, y dijo, dirigiéndose al Príncipe:

—Mi querido Príncipe, ha llegado la hora de que os pida perdón...

Estaba dispuesta a decírselo todo... A desengañarlo... A revelar su pasión por Gustavo y a contarle lo que había hecho aquella noche...

—¿De qué, Nadya?—preguntó el Príncipe—. No acierto a comprender...

—Puede que lo sepáis en seguida...

No pudo acabar. Una detonación, esta vez dentro del Palacio, a pocos pasos de distancia, hizo que expirara la voz en sus labios...

Se volvió prestamente y miró a su alrededor con angustia...

—¡Qué pasa!... ¿Y el general?

Krish acababa de aparecer en aquel momento en la puerta de la alcoba, con la pistola humeante en la diestra y el rostro espantosamente pálido...

Con voz hueca, como de campana rota, dijo dirigiéndose a Nadya:

—Señora, hemos encontrado en la alcoba de Vuestra Majestad a un revolucionario que ha pagado con su vida su atrevimiento...

Nadya lo comprendió todo... ¡Gustavo!... Sus ojos se tornaron vidriosos, se crispó sus manos violentamente y entreabrió los la-

bios como para vomitar una maldición...

Pero la voz expiró en su garganta y doblándose como la rama de un

lirio cayó de bruces sobre la alfombra...

¡Aquel era el fin de su noche nupcial!...

FIN

EN PREPARACIÓN:

LOS VENCEDORES DEL FUEGO

por May Mac Avoy, Charles
Ray, etc.

LA MARIPOSA DE ORO

por Lily Damita, Jack Tre-
vor, Nils Asther, etc.

"BEAU GESTE"

por Ronald Colman, Alice Joy-
ce, Mary Brian y Noah Beery

EL SEPTIMO CIELO

por Charles Farrell, Janet
Gaynor, etc.

Sea usted coleccionista de
EDICIONES ESPECIALES

de
:: La Novela Semanal Cinematográfica ::

NÚMEROS PUBLICADOS

EN LAS SELECTAS

EDICIONES ESPECIALES

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

La Viuda Alegre - El Gran Desfile - Miguel
Strogoff o El Correo del Zar - La Princesa
que supo amar - El Coche número 13 - Sin
Familia - Mare Nostrum - Nantás, el hombre
que se vendió - Cobra - El Fin de Monte-
carlo - Vida Bohemia - Zazá - ¡Adiós, Juven-
tud! - El Judío Errante - La mujer desnuda -
Casanova, El galante Aventurero - Hotel
Imperial - La tía Ramona - Don Juan, el
burlador de Sevilla

que han constituido otros tantos éxitos para esta Co-
lección, la cual será considerada la Biblioteca más
amena, selecta e interesante.




UN ÉXITO ENORME

ha obtenido el segundo li-
bro de la selecta publica-
/ / ción quincenal / /

BIBLIOTECA «NUESTRO CORAZÓN»
de Ediciones BISTAGNE

/ / cuyo título es / /


NADA SE BORRA



asunto moderno y sugestivo,
original de MAX DERVIOUX


Le seguirá la finísima e in-
/ / teresante novela / /

LA ESPOSA Y LA AMIGA



original del distinguido li-
/ / terato español / /
JOSÉ BAEZA VALERO

inaugurando con esta no-
vela la serie de asuntos es-
cogidos originales de auto-
/ / res nacionales. / /



PRÓXIMAMENTE

NÚMERO ALMANAQUE

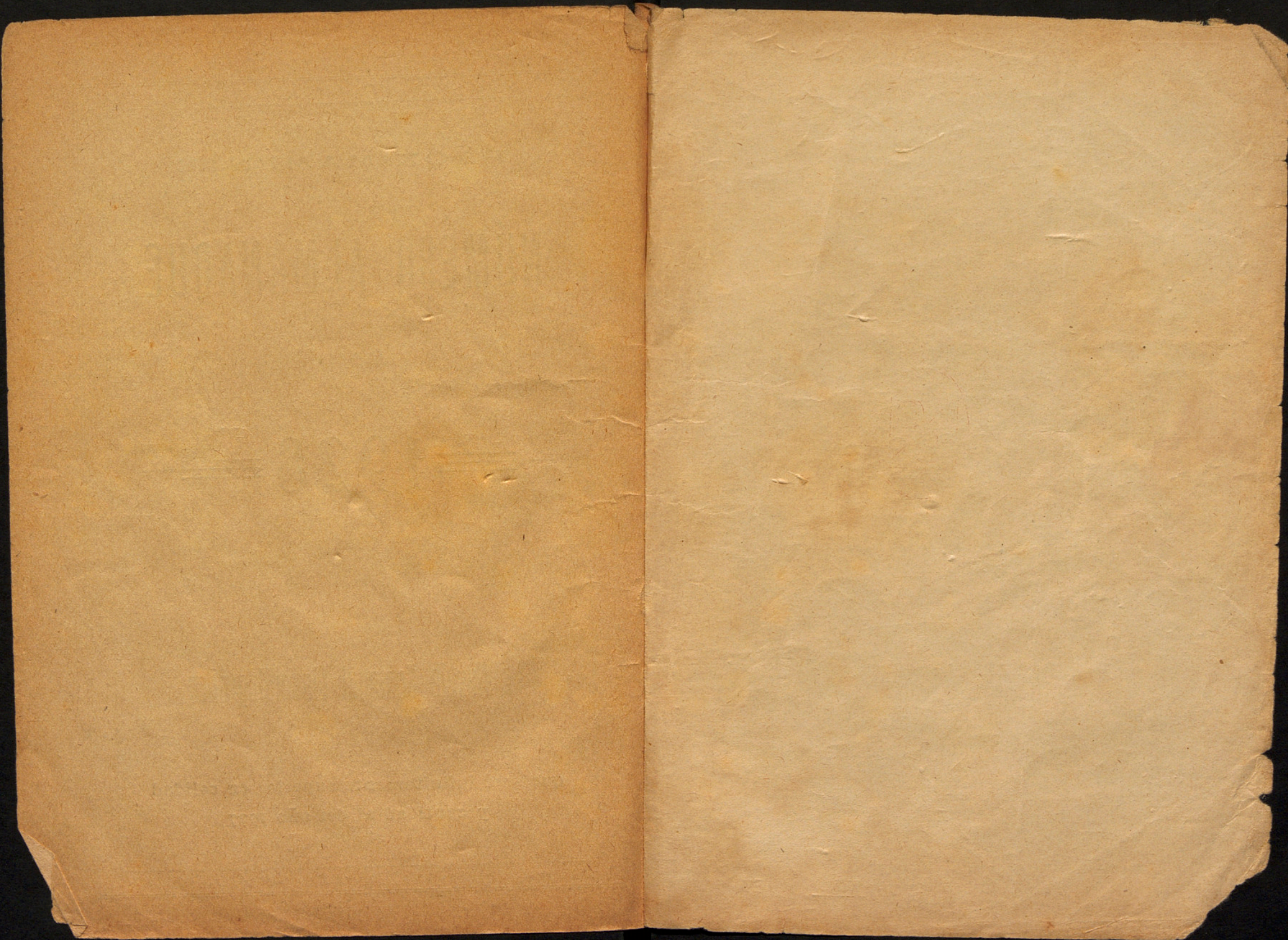
PARA

—==1928==—

DE

La Novela Semanal Cinematográfica

que será infinitamente superior en calidad
y cantidad al del año 1927





PRECIO **1⁵⁰** PESETAS